

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 28

50 Céntrs.

eches



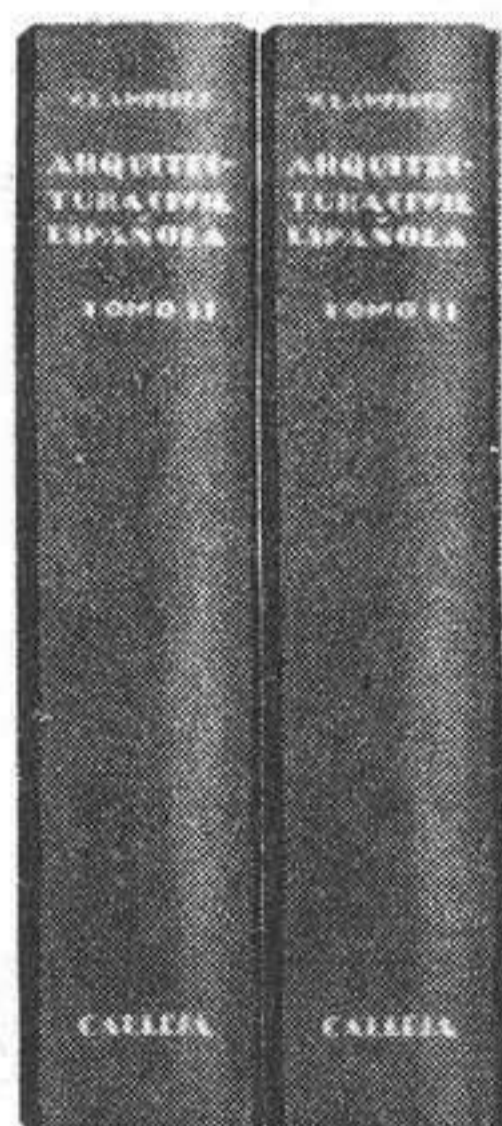
ARQUITECTURA CIVIL ESPAÑOLA

DE LOS SIGLOS I AL XVIII

POR

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA

OBRA PREMIADA POR LA REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA CON EL PREMIO FASTENRATH

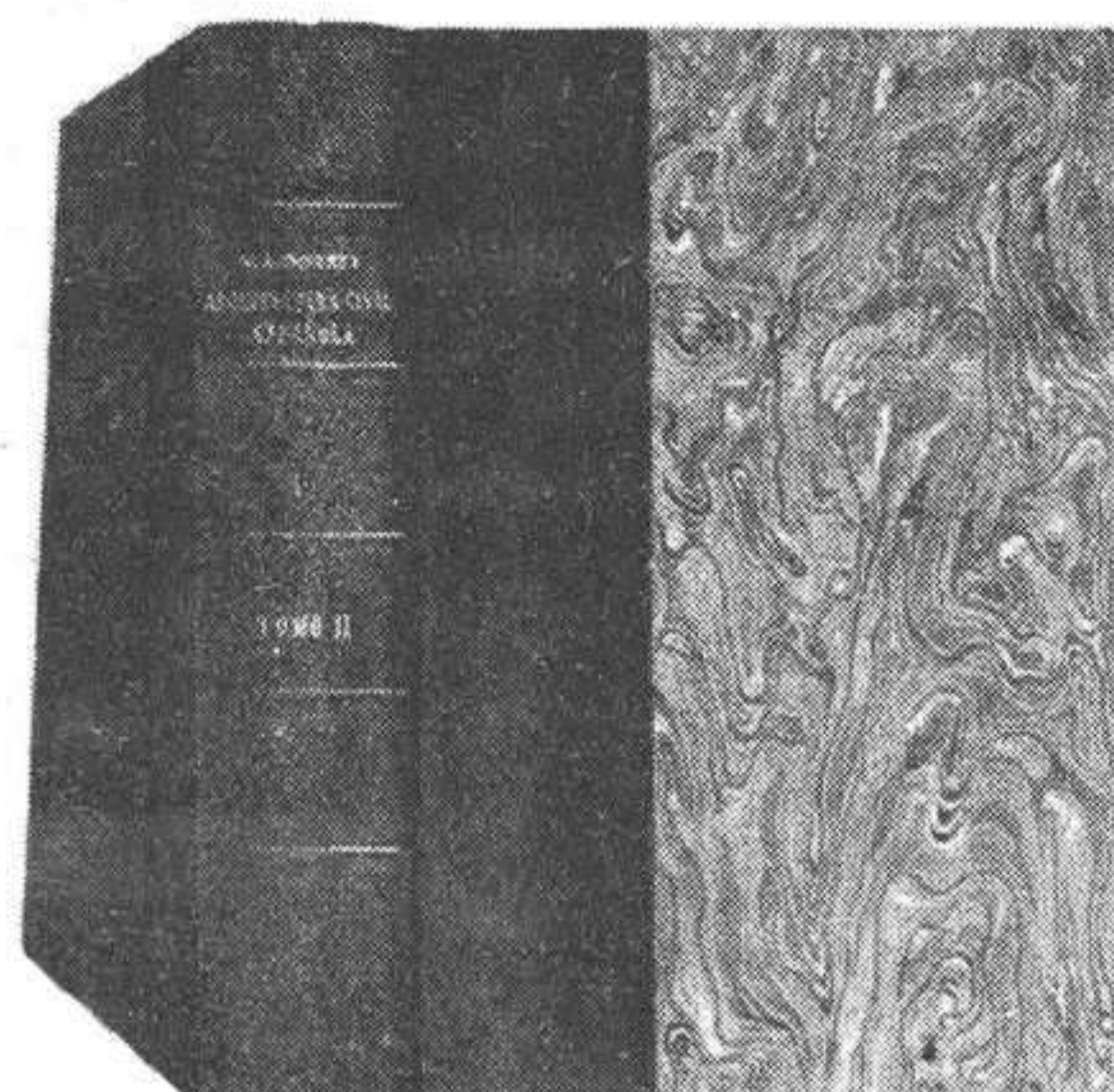
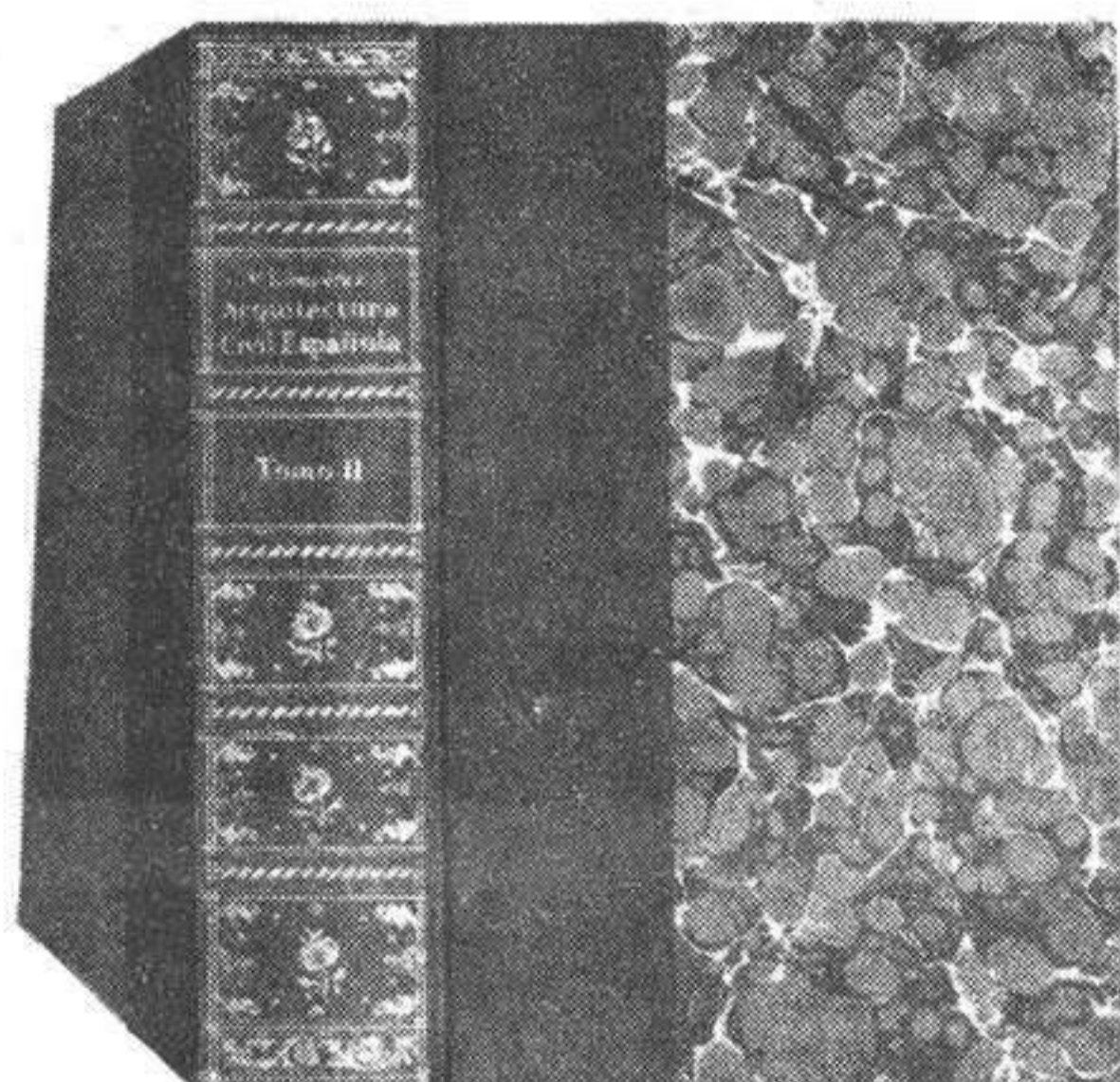
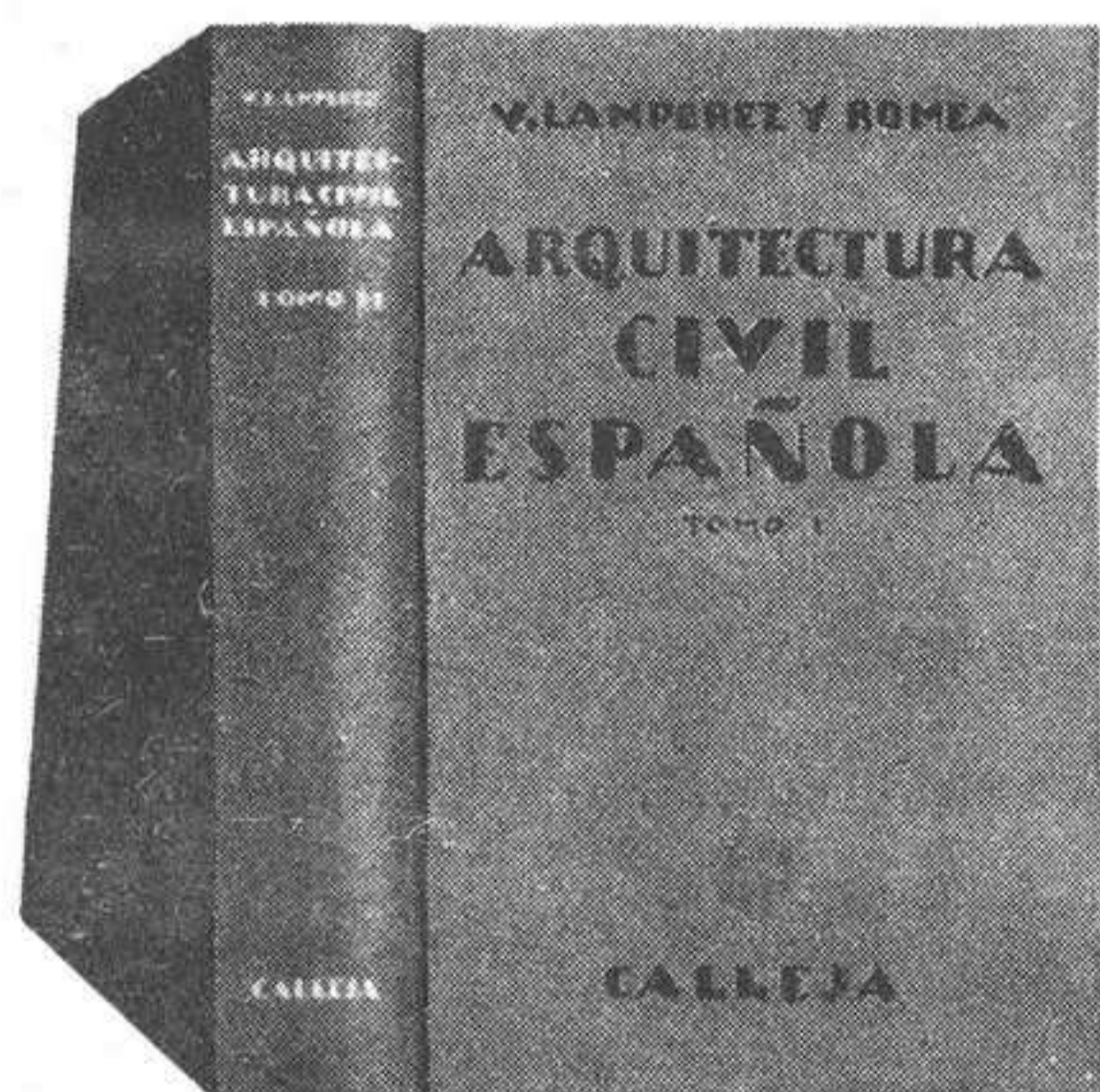


**DOS MAGNÍFICOS
TOMOS CON 1.162
GRABADOS EN PAPEL
COUCHÉ**



Nadie desconoce la personalidad ilustre de Lampérez. Un libro, en el que aquel sabio maestro enfoca con la luz poderosa de su insuperada autoridad cada monumento de la riquísima colección desparramada por España, es algo excepcional en mérito y en interés, y nada podría añadirse para encomiar el uno y el otro si no cupiera agregar que la documentación gráfica de la obra es de una esplendidez tan inusitada, que ella sola representaría un tesoro de información y de arte, aunque no tuviera trenzados en torno suyo los juicios certeros, los comentarios luminosos del maestro Lampérez, de inolvidable memoria. Nadie puede preciarse de amar el Arte español, *primus inter pares*, sin haber estudiado estos dos volúmenes sustanciosos y riquísimos.

DOS TOMOS CON 1.320 PÁGINAS, DE 289 × 200 mm.



En rústica, 125 pesetas.
En tela, 137 pesetas.

En medio chagrín, 155 pesetas.
En chagrín fino, 175 pesetas.

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., Apartado 447. — MADRID

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Año II — Núm. 28

3 Marzo 1926

DIRECTOR:
RAFAEL CALLEJA

Directora de la Moda:
MADAME MARTINE RENIER
Redactora-jefe de la Moda
en la Revista de París
FÉMINA

SE PUBLICA LOS MIÉRCOLES
NÚMERO: 50 CÉNTIMOS

SUSCRICIÓN:
ESPAÑA Y AMÉRICA: UN AÑO, 23 PESETAS.
SEMESTRE, 12 PESETAS. TRIMESTRE, 6 PESETAS.
OTROS PAÍSES: UN AÑO, 35 PESETAS.

ADMINISTRACIÓN:
ED. "SATURNINO CALLEJA", S. A.

Cierre y talleres:
SAN SEBASTIÁN
Correspondencia y suscripciones:
CALLE DE VALENCIA, NÚMERO 28
Apartado 447
MADRID

Se admiten suscripciones por un mes (2 pesetas) a las personas residentes en Madrid, Barcelona, Santander y Sevilla.

UNA INFORMACIÓN DE "MUJER"



Julio Casares

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

La falta de vocación profesional: el desapego a la ocupación cotidiana con que nos procuramos el sustento.

El artesano, el empleado, el hombre de carrera, todos, quien más quien menos, piensan secretamente que en ellos se malogran aptitudes para empresas más elevadas; y así, aun los que son de suyo laboriosos, desempeñan su cometido sin cariño y sin entusiasmo, como una obligación circunstancial de la que aspiran a redimirse cuanto antes.

Y ¿cuál su mayor encanto?

La facilidad y rapidez de las comunicaciones. Hoy, basta un breve paréntesis en las ocupaciones habituales para trasladarse a aquellos remotos parajes que, en los pintorescos relatos de los antiguos viajeros, se nos ofrecían cual visiones casi fantásticas de regiones inasequibles, situadas en la maravillosa lejanía donde la realidad confina con la fábula.

Julio Casares



Valentin de Zubiaurre

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

La rapidez.

Y ¿cuál su mayor encanto?

También la rapidez nos proporciona muchos encantos en la vida.

Valentin de Zubiaurre



Ramón Gómez de la Serna

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

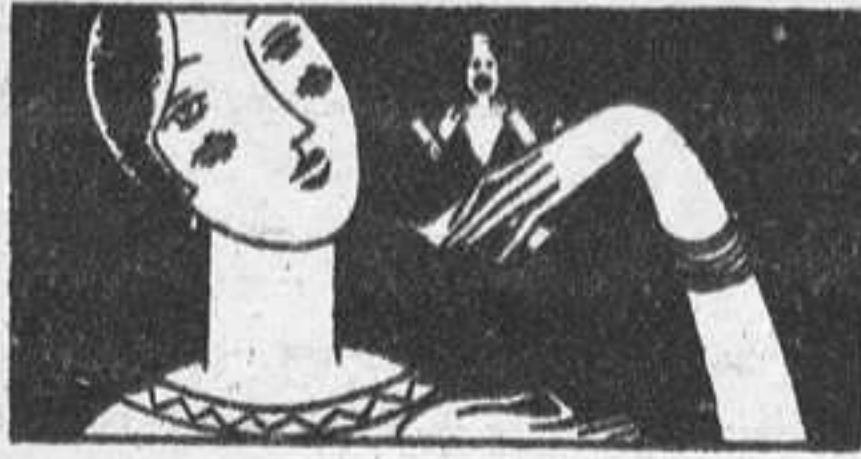
El mayor defecto de la vida presente es que no ha inventado aún el cheque fácil, improvisable y regalado.

Es una lástima que no exista en los Bancos la ventanilla del hombre comprensible, generoso donador según las circunstancias, rápido en pagar y en estampar el reverendo «Pagado» en el cheque libre.

Y ¿cuál su mayor encanto?

El Metro, ese ferrocarril lleno de luz, de trayecto hacia la jarana, y que nos lleva en seguida a los sitios céntricos o muy apartados, aunque nunca nos lleve a los puntos intermedios a los que más nos gustaría ir.

Ramón Gómez de la Serna



M O N I N A

NOVELA POR G Y P

(Conclusión.)

—Porque tenía la seguridad de que me amaba poco o nada; así es que le he dicho esta mañana que no me sentía con fuerzas para aceptar la vida de sufrimientos que entreveo; y le he devuelto su palabra.

—Dios mío, es posible! ¿Has hecho eso, y no te pesa?

—Nada me pesa. Me siento desgraciada; pero más tranquila.

Monina la miró frente a frente y le preguntó:

—¿Tengo yo la culpa? Soy yo la causa ¿verdad?... ¿Has roto con el señor Spiegel a consecuencia de su asiduidad conmigo?

Juana dijo que sí, con la cabeza. Dionisia, continuó:

—¿De modo que tú has creído de veras que tu novio me hacía la corte?

—Que te hacía la corte, no; quizá no. Pero que te ama, seguro.

—¿Y después?

—¿Cómo, «y después»?

—Sí; ¿a dónde le llevaría todo eso?

—A sufrir... y, ¡quién sabe...!, a esperar.

—¿Esperar... casarse conmigo?

—No...; sí...; no sé. Esperar vagamente no sé qué...

—¿Y crees tú que yo voy a poder soportar la idea de que hago, aunque involuntariamente, tu desgracia?

—No depende de ti cambiar lo que sucede.

Monina pareció reflexionar. De pronto, dijo:

—¿Y si me casara?

Y ocultando el rostro entre las manos, dijo con voz entrecortada:

—El señor de Clagny quiere casarse conmigo.

—¿El señor de Clagny? —exclamó Juana estupefacta—. ¡Pero si tiene sesenta años ese señor!

—Había dicho que no. Ahora diré que sí.

—¡Tú estás loca...!

—No lo creas; soy práctica. El remedio es quizás un poco duro; pero ¿qué hacer? Te quiero mucho, Juana, y la idea de verte desgraciada, me causa horror.

—Te aseguro que aunque te cases con el señor de Clagny, yo no me casaré con Spiegel. Me ha dicho cosas que me han ofendido, y que no podré olvidar por más que haga.

—¿Cosas que te han ofendido...? ¿Respecto de qué?

—Respecto de mis celos. Me ha llamado ridícula; y eso que no me quejaba de nada. Le he disimulado mis celos lo mejor que he podido. Unicamente anoche, en el baile, no pudiendo más, pedí a mi padre que me llevara a casa. Esto le disgustó. Creyó que eran remilgos de mi parte.

—Todo eso pasará.

—¡No! Ya sabes, Monina, que harás en balde la mayor de las locuras casándote con un viejo.

—¡Un viejo...! ¡Tiene gracia! No me hace del todo el efecto de un viejo. Claro que me gustaría casarme con un hombre más joven y que me gustase completamente..., pero, en fin...

Juana rodeó con sus brazos el cuello de Monina, y dijo, abrazándola:

—Tú esperarás tranquilamente al que ha de «gustarte por completo»... Aún te queda tiempo.

—No; estoy decidida. Digas lo que digas es inútil. Cuando la causa de vuestro enfado haya desaparecido, desaparecerá el enfado también. Vaya, abrázame y dime que me quieres.

—Bueno —preguntó Juan de Blaye, que llegaba con Spiegel—. ¿Estamos dispuestos?... ¿Ensayamos?

Llevaba algunos días nervioso, agitado, necesitado de aturdirse, evitando pensar.

Dionisia respondió tranquila, enjugándose rápidamente los ojos:

—¡Yo, sí... ya estoy dispuesta... Sólo faltaba usted.

Y graciosa y sencilla, extendió su diminuta mano al señor Spiegel, que la besó diciendo:

—¿No está usted cansada después de haber velado hasta tan tarde?

Y añadió mirando involuntariamente la tez amarillenta de la señorita Dubuisson:

—¡Está usted aún más hermosa que ayer!

Juana se aproximó a Monina, y, señalando

al profesor, la dijo con dolor intenso en el fondo de sus ojos tranquilos:

—Ya lo ves, tu remedio sería inútil; es incurable.

La revista teatral se representaba ante un público numeroso y regocijado.

Monina estaba tan bonita con su disfraz de Hebe, tan virginal y pura, tan digna de ser admirada, que cuando, ya terminada la representación, quiso cambiar el traje por otro de baile, todos la pidieron que siguiese cual estaba.

Al escurrirse hacia un saloncito, para evitar las felicitaciones de los invitados, se vió detenida por Rueille, que la dijo irónico:

—¿Es ese el traje tan correcto... el traje que, por complacerme, iba a cambiar Juan?...

Al ver a Juan, que se acercaba con Enrique y Pedrito, le interpeló secamente:

—¡Te felicito! Eres entendido en eso de desnudar mujeres bonitas. En tu lugar, tratándose de mujeres, y sobre todo, de jóvenes de mi familia, yo tendría un lápiz más respetuoso.

Juan respondió, después de contemplar a Monina:

—No sé que mosca te ha picado. Este traje es correcto y muy bonito.

—Además —dijo Monina, interviniendo—, no hay más que tres personas que tengan derecho a ocuparse de mi traje: la abuela, yo... y mi marido.

—Si le tuvieras.

Es verdad... Pues bien, voy a tenerle.

Juan de Blaye se encogió de hombros, incrédulo. Monina afirmó:

—Te aseguro que es verdad. ¡Me casol!

—¿Con quién? —pregunta inquieto el señor de Rueille.

Pedrito dijo:

—¡Es una bromal!

—¿Con quién te casas, dí?—insistió Enrique.

Ella respondió, socarrona, cogiéndose del brazo del señor Clagny, que entraba en la estancia:

—¡Voy a decírselo al señor de Clagny!

Y volviéndose a él, añadió:

—Pero se lo diré ahí fuera; porque aquí dentro se ahoga una.

Pedrito murmuró, siguiendo con la vista el peplo rosa de Monina:

—¡Qué «estética» está hoy!... ¡Giraud sí que debe de encontrarla pura..., él que dice no está hecha para los trajes modernos!

—Y, a propósito, ¿dónde está Giraud? —preguntó Juan de Blaye—; ha desaparecido después de la comida y no se le ha vuelto a ver...

Pedrito explicó que había ido a pasearse al borde del Loire, como hacía todas las noches. Cada día estaba más raro, con sus crisis agudas de alegría y de tristeza.

Aquella misma mañana salió de la sala de estudio para ver a la señora de Bracieux, que le había llamado para traducir una carta del inglés. Volvió después de un rato muy largo, diciendo que no se atrevió a entrar porque oyó a la marquesa que hablaba con la señorita Dionisia. Desde aquel momento ya no había vuelto a despegar los labios.

—¿Pero dónde diablos se ha metido?... —preguntó Juan.

Y Pedrito, gangueando como los «golfos» del arroyo:

—¿Dónde está el búlgaro?... ¡Que busquen al búlgaro!...

Cuando se encontró a solas con el señor de Clagny, bajo los grandes árboles, Monina dijo en voz muy baja:

—Esta madrugada regresé a casa muy contrariada por haberle apenado tanto. He pensado que quizás fui con usted demasiado afectuosa, demasiado confiada. Y que le hice creer... lo que no es. ¿Verdad?

—Verdad. ¿De modo que no siente usted hacia mí ningún afecto?

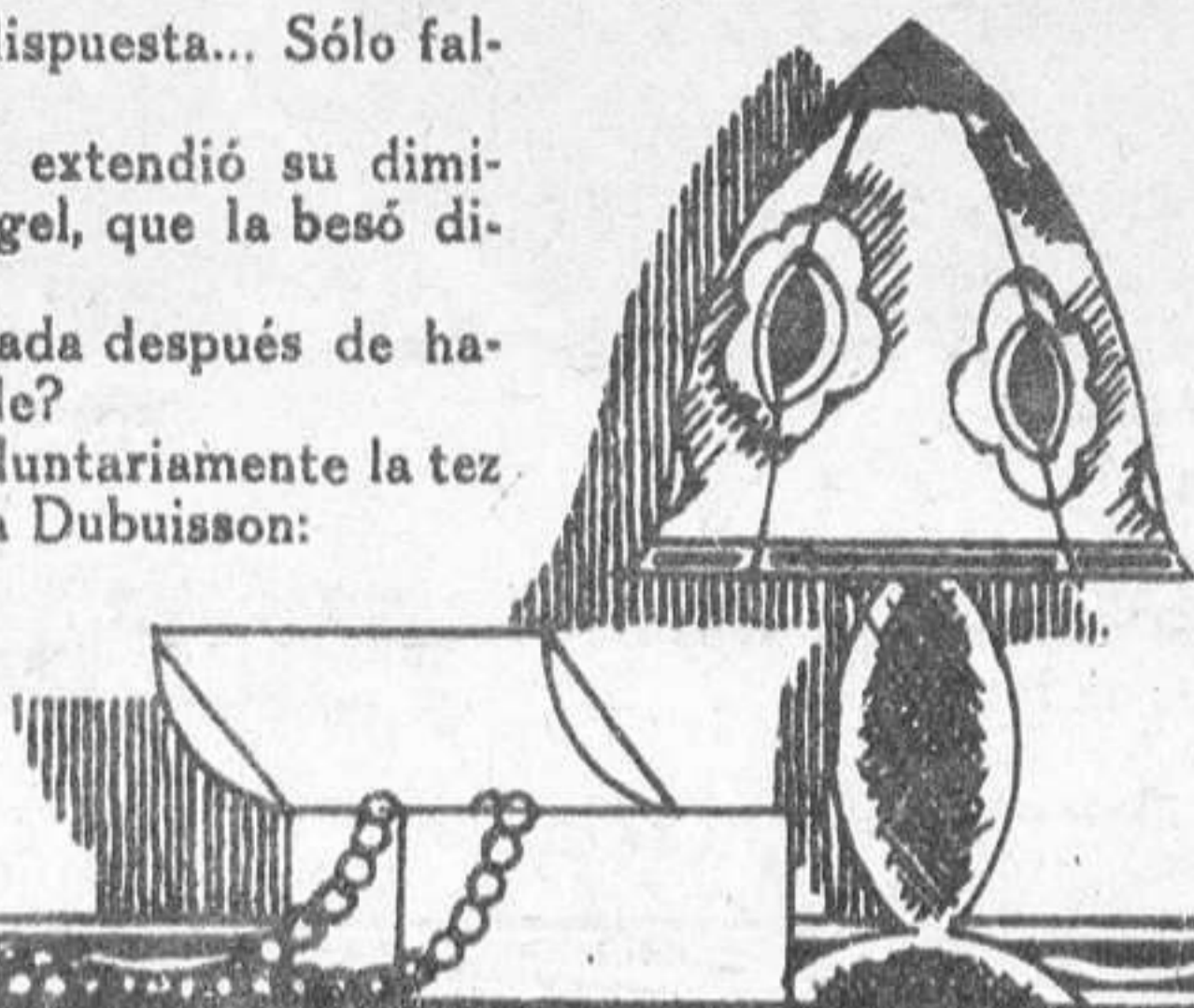
—Ya sabe usted que sí.

—Quiero decir que usted me quiere como... como se quiere a un viejo pariente...

—Más que todo eso.

—En fin, usted no me quiere lo bastante para..., para quererme como marido...

—No lo sé. No me explico bien lo que siento por usted. Desde luego le encuentro guapo, y también muy simpático. Además,



cuando usted está aquí, me siento rodeada de ternura y cariño y me parece que respiro más libremente, que estoy más alegre, que soy más feliz. Y nunca, nunca me ha pasado otro tanto.

Muy emocionado por lo que oía, y también inquieto por lo que aún había de escuchar, el conde estrechaba contra sí, sin hablar, el brazo de Monina, que continuó:

—Entonces he pensado que, como le quiero más de lo que hasta ahora he querido a nadie, y como nunca me consolaría de la pena grandísima que le iba a causar..., lo mejor es casarme con usted...

—El señor de Clagny la interrumpió, y la preguntó con voz apagada:

—¿De modo que usted consiente?

—¡Sí!

—¡Querida..., querida mía! —balbuceó.

—Se lo dije esta mañana a la abuela —continuó Monina—, y debo confesarle que no se puso muy contenta y que ha hecho cuanto ha podido para hacerme cambiar de opinión...

—Lo comprendo.

—Encuentra que es una locura, tanto de usted como mía, casarme cuando hay tal desproporción de edad. Además, aunque no me lo ha dicho, he comprendido que hay otra cosa que la preocupa, y que me preocupa a mí en un grado mucho menor.

—¿Qué es ello?

—La desproporción de fortuna. Sí, parece que usted es enormemente rico. Me lo dijo ayer la abuela, al participarme que había pedido mi mano.

—Y ¡qué importa, Monina, que yo sea un poco más o un poco menos rico!

—Importa mucho. Sobre todo dado el modo de pensar de mi abuela. No es que encuentre humillante para mí casarme sin nada; pues nada tengo, comparada con usted; es que considera el matrimonio como una asociación, como un cambio de valores: «Dame de lo que tienes; yo te daré de lo que tengo», dicen las gentes de aquí. Usted tiene un gran nombre y una fortuna considerable; yo, mi nombre, que también es de buena ley, y mi juventud, que algo vale...

—Entonces... ¿dónde está la desproporción de fortuna que tanto molesta a su abuela?

—Mi abuela me adora y calcula que tengo treinta y ocho años menos que usted; que usted puede morir antes que yo, y que después de haber vivido bastantes años en medio de un lujo extremo, después de haberme acostumbrado a un bienestar excesivo, que hasta hoy desconozco, pudiera encontrarme empobrecida y desgraciada en edad impropia para rehacer la vida, cuando se sufre por las malas costumbres que ya no se pueden evitar.

—Ya comprenderá usted, mi adorada Monina, que todo lo que yo poseo es y será para usted. Por mi testamento, que ya está hecho, es de usted todo, aunque no llegue a ser mi mujer.

—¡Bah!... Ella dice que un testamento se deshace.

—Si su abuela lo prefiere, la aseguro por medio de un contrato matrimonial.

Monina se echó a reír:

—Entonces se figurará que habremos de divorciarnos... y que el divorcio destruye todo lo hecho.

—¿Y si reconozco en el contrato que usted aporta la mitad de lo que yo poseo, y además la hago donación del resto, reservándome solamente el usufructo?

Monina meneó la cabeza, y con mimosa ternura, continuó:

—No quiero de usted más que felicidad, y estoy segura de que me dará mucha. Espero que viva largo tiempo, y me importará poco, cuando sea vieja, encontrarme pobre..., relativamente.

El respondió, cubriendo de besos, enloquecido, el cabello de Dionisia:

—Y no viviré ya con el temor de que la muerte pueda sorprenderme sin que el porvenir, tal cual yo lo quiero para usted, esté asegurado.

—No hablemos de todas esas cosas. Quiero creer que no nos separaremos nunca, nunca.

Tratando de ver en la oscuridad de la noche los ojos de Monina, dijo el señor de Clagny con ansiedad:

—¿Podrá usted quererme un poco... como yo la quiero?...

Un ruido de voces les hizo separarse. A unos cuantos metros de ellos, algunas personas hablaban en voz baja y marchaban cándida y pesadamente, como si por allí cerca llevaran un fardo muy pesado. En la oscuridad lucían resplandores, y el señor de Clagny dijo:

—Es chocante; parece como si hubiera ocurrido algo.

Pero Monina, que se detuvo inquieta, palpitándola el corazón, impresionada también por lo extraño de aquel cortejo, respondió apaciblemente, reteniendo al conde por el brazo:

—No, no es nada; son las gentes de la granja, que ahora se ocupan en el castillo durante el día y que después de la cena vuelven a su casa.

—Me parece, al contrario, que las luces van hacia el castillo.

Ella se agarró de nuevo a su brazo, y él se estremeció de felicidad, estrechándose locamente contra la preciosa criatura que se le acababa de prometer.

Regresaron lentamente por la avenida, cruzándose con varios coches en que se retiraban los invitados.

Monina exclamó sorprendida:

—¡Calla..., ya se van!... ¿Y el cotillón?... ¿Tan tarde es ya?...

Al llegar a la escalinata se encontraron con la familia La Balue, que se disponía a subir al coche.

—¿Cómo?... ¿Ya se van ustedes?... ¿Por qué?

El señor de La Balue murmuró algunas palabras ininteligibles, mientras sus hijos estrechaban la mano de Monina con cara entristecida.

El señor de Clagny empezaba también a inquietarse.

—¡Vaya unas caras que llevan!... ¿Qué pasará?

En el vestíbulo, marcado por ancho reguero de agua, entre criados que cruzaban rápidos y azorados, apareció Pedrito con los ojos llorosos y las manos llenas de flores.

La señora de Rueille venía detrás, con flores también.

Monina se detuvo, sobrecogida. El señor de Clagny se dirigió a la joven señora y le preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Que se ha ahogado el señor Giraud —respondió Bertrada—. Acaban de traerle. Se le ha encontrado en el molinero junto a la esclusa.

Y como Pedrito le mirase, consternado, agitando desesperadamente con sus largos brazos las flores que llevaba en las manos, añadió en tono algo brusco:

—¡Sí..., ya lo sé!...; la abuela ha prohibido decirlo delante de Monina...; pero, ¡yo quiero que lo sepa!...

XVII

Esperando en el umbral de la iglesia a tío Alejo, que se apeaba del carruaje, Monina se volvió, apartó con el pie la larga cola de raso blanco, recogió delante de la cara los pliegues del velo, y deslizó sobre la abigarrada multitud que se apiñaba delante del pórtico una de aquellas miradas brillantes que tan bien sabían ver.

Advirtió desde luego la alta silueta de Juan de Blaye, que avanzaba, indiferente y cansado, hablando con el señor de Rueille, un poco nervioso. Enrique de Bracieux, excitado, escuchaba distraídamente a la marquesa, que daba órdenes a sus cocheros. A Pedrito se le enganchó en una de las portezuelas un faldón de su frac, demasiado corto, y con sus manotas enguantadas de blanco, maniobraba torpemente para libertarlo.

Avergonzado y presuroso llegaba el señor Silvestre, con un enorme rollo de papeles de música bajo el brazo; con la cabeza baja desapareció por la escalera de la tribuna. Y el abate Courteil, entre sus dos educandos, pasó, atareado, evitando mirar a Monina.

Juana Dubuisson, más delgada, esperaba al lado de su padre que la gente les dejase pasar. Detrás, las damas y señores de Pont-sur-Loire y castillos vecinos, y entre los paisanos de Bracieux, ancho de espaldas, destacándose su tez rojiza en el fondo azul del cielo, Carlomagno Lavenue se aproximaba a grandes zancadas dentro de su traje de los días solemnes. Y mientras, mirando al suelo, parecía no ver nada, bajo el sol radiante que alumbraba el paisaje de su boda, Monina saboreaba plenamente la alegría de vivir, de ser bonita, de ser amada.

Tío Alejo, que arqueaba el brazo diciéndola: «Cuando quieras», la sacó de su éxtasis. Graciosa y flexible, se puso en marcha al son del órgano retumbante.

Un cochero de punto que había entrado en la iglesia para ver «la boda», exclamó, al ver pasar a Monina:

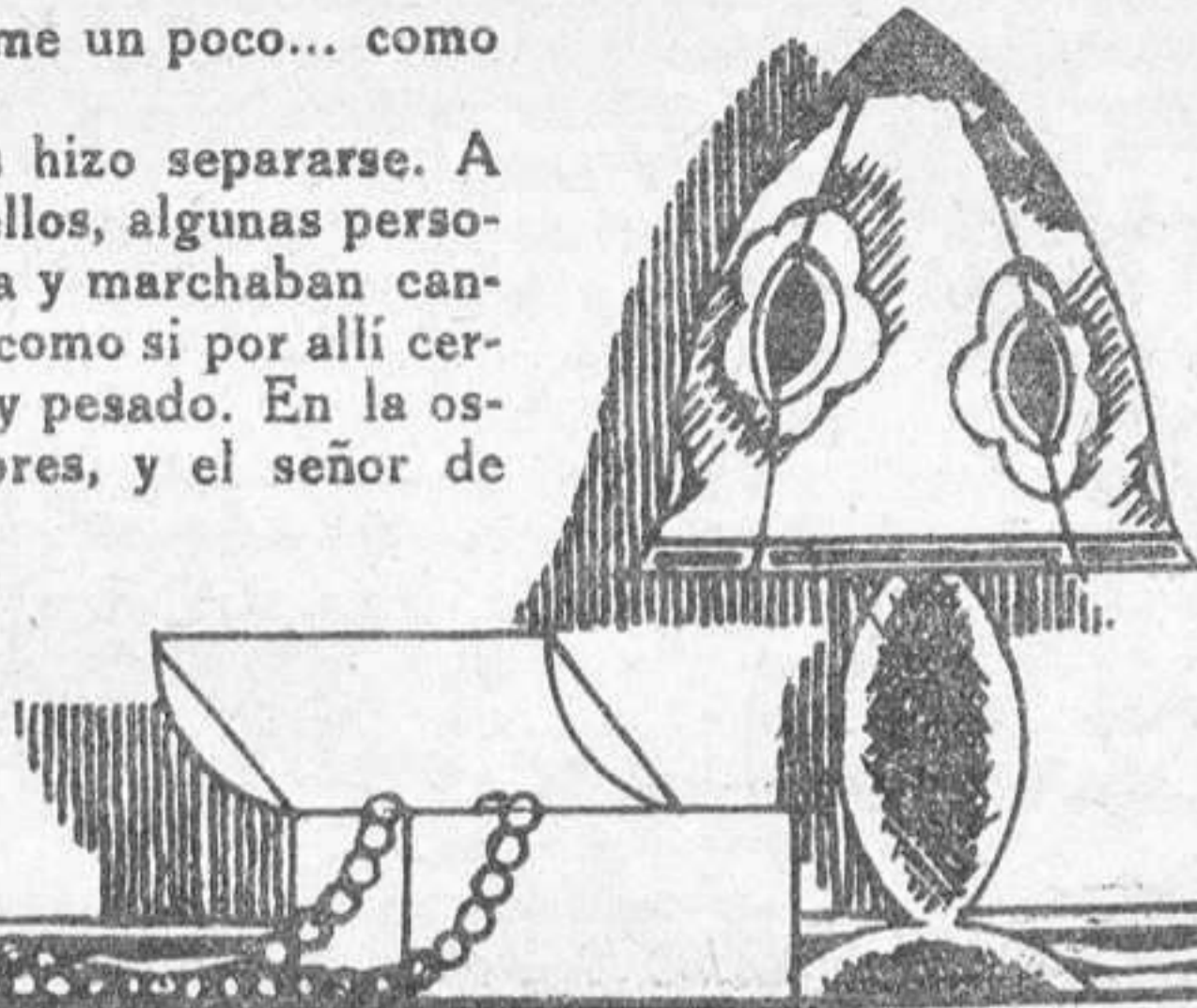
—¡Vaya una novia más bonital!... ¡Eso es canelal!

A lo que un criado de la alquería de Lavenue respondió convencido:

¿Verdad que sí?... ¡¡¡Pues aún tiene más de buena que de bonital!!

FIN DE «MONINA»

(En el número 29 comenzaremos la publicación de otra interesantísima novela, titulada **LADY IRENE**, obra maestra de Charles Garvice)



Publicamos aquí los originales que nos envíen nuestras lectoras: artículos, ensayos, crónicas, comentarios, fragmentos de diario, narraciones, poesías, etc.; dibujos (solo en blanco y negro); ideas de labores, fotografías (no retratos), etc. Se publicará lo que permita el espacio disponible, prefiriendo lo que tenga mayor interés general.

La solterona.

(CUENTO)

I

Está en el balcón, apoyada en el barandal; la cabeza, descansando en la palma de la mano; los ojos, muy abiertos, fijos en el cielo azul, donde brillan infinidad de puntos luminosos.

—Dime, tía Amelia — pregunta curiosa —, ¿y aquella doble hilera de estrellas, tiene también su historia?

Y tía Amelia, una ancianita de cabeza de nieve y corazón de fuego, sonríe bondadosamente y contesta muy quedo, sin atreverse a romper el encanto de aquel silencio en que se halla sumergido el jardín.

—Cada estrellita, por minúscula que sea, tiene su leyenda; esa hilera que forma una zona blanca y luminosa, es el «Caminito de Santiago».

—Tía Amelia, me parece que conoces mejor el cielo que la tierra.

—No, hija mía; he vivido mucho en la tierra y he necesitado sufrir mucho para tener que elevarme al cielo.

—¿Sufrir? —preguntó asombrada Carmencita.

—No te asombres: sufrir he dicho, y sufrir repito; yo también he tenido mi juventud como tú; mis esperanzas, mis ilusiones, mis alegrías, como tú las tuyas; yo he reído como tú, y como tú he llorado mis pequeñas decepciones sentimentales.

—Cuéntame tu vida. ¿Quieres, tía Amelia? Será interesante.

—¿Interesante...? Sí; tal vez para el que la escucha; pero dolorosa para el que la vive.

Hubo una pequeña pausa; la mirada de la muchacha, con infantil curiosidad, se clavaba en todo queriendo adivinar qué sería para ella la vida, qué le traería, qué recuerdos alegres o tristes la dejaría al cabo de muchos años, y la mirada de la anciana se fijaba también en el jardín, pero recordando o añorando sabe Dios qué tristezas.

El Hada de la Noche pasó en un rayo de luna y levantó a su paso un soplo de frío; estremeciéronse las dos mujeres, y tía Amelia exclamó:

—Retirémonos del balcón; ya empieza a refrescar.

—Es verdad —asintió la muchacha—. ¡Qué frío se ha levantado!

Entraron en la habitación y cerraron el balcón. Carmencita se sentó en un sillón al lado de la mesa revuelta de papeles; la dama abrió un armario, y, sacando de él un cuaderno, se lo dió a su sobrina.

—Ten, puedes leerlo.

—¿Qué es? —preguntó extrañada aquélla.

—Es el diario de mi vida, antes tenía costumbre de escribir en él, mis impresiones, mis pequeños secretillos, toda mi vida de vieja solterona está ahí, y a fuerza de leerlo tantísimas veces, he llegado a aprendermelo de memoria. Puedes leerlo, ya le falta poco para desaparecer.

Cogió la niña el cuaderno, contenta de pasar un rato delicioso leyendo la vida de su tía Amelia, mientras ésta se sentaba en frente de ella, y con la cabeza reclinada en el respaldo de su butaca, cerró los ojos y poco a poco se quedó dormida.

Carmencita la contempló un momento con cariño, y, abriendo el viejo cuaderno, empezó la lectura.

«Tenía yo diez y ocho años cuando mi madre murió; mi hermana Isabel, diez.

Fuí para ella, más que una hermana mayor, una madre; lloramos a la muerte, porque con su desaparición nos dejaba abandonadas; mi padre, hombre de ciencia, se dedicaba completamente a la astrología, y prefería conocer la vida de los astros que la de sus hijas.

Yo era la que me ocupaba de la casa, la que cuidaba de mi hermanita, riñéndola cuando lo merecía, acariciándola siempre con ternura de madre, velando por ella, sufriendo cuando su delicada naturaleza parecía iba a quebrarse. ¡Cuántas veces habré luchado brazo a brazo con la muerte, hasta arrebatarle su presal, y con mimos y cuidados, verdaderamente maternales, lograba vencer la vida. Yo era la única, a la que mi padre permitía la entrada en su observatorio, y le arreglaba aquellos papelotes y oía con atención las explicaciones que me daba acerca del cielo con extraño entusiasmo.

«El alma de la casa» me llamaba siempre con cariño, y un día «el alma de la casa» iba a cambiar de hogar.

Dos veces a la semana dábamos reuniones, a las que acudían todas nuestras amistades; y una noche me presentaron a un muchacho recién llegado a nuestra ciudad, que era ingeniero agrónomo; se llamaba Manolo Torremar.

A juzgar por la insistencia que ponía en estar a mi lado, debí gustarle; estuvo bailando conmigo toda la noche, y cuando se fueron noté, por primera vez, lo rápidas que habían pasado las horas.

La declaración no se hizo esperar; una tarde estando paseando con unas amigas, se acercó a nosotras y me hizo una declaración en perfecta regla; yo acepté su cariño porque también le quería, y desde entonces empezó mi vida feliz.

Estuvimos ocho años en relaciones. Yo tenía veintiseis, mi hermana diez y ocho; mi tarea de madre era entonces más difícil. Tenía una hija que era ya una mujer, y había que velar por ella con más solicitud y constancia que antes.

Los preparativos para mi boda empezaban a hacerse. A mi padre le hicimos descender del cielo para hacerle comprender que en la

tierra se le casaba una hija; sintió un poco de tristeza al saber que «el alma de la casa» se la llevaban.

Pero el viejecito astrólogo no se quedaba solo, con él estaba, para ayudarlo y mimarlo, mi hermana Isabel, que se aficionaría al misterio de las astros, como yo me aficioné.

Debía de estar contenta; y sin embargo, notaba en mí un no sé qué de extraño que amargaba mis últimos días de soltera. Encontraba a Manolo más cambiado, le veía siempre algo triste, asustadizo, como si temiera lo que yo tanto ambicionaba.

Un día se lo dije, y jovialmente me contestó, disipando mis recelos:

—¿Es que vosotras creéis que sólo a las mujeres les inspira la boda un poquito de miedo? Yo confieso que le tengo un miedo bárbaro.

Viví unos días alegres, sin preocupaciones, hasta que volvieron a mí otra vez las dudas, más amargas que antes.

Y una tarde, cuando sólo faltaban diez días para casarme, recibí una carta revelándome los verdaderos sentimientos de Manolo; era de él y leí en seguida algo asustada.

«Perdóname, Amelia. No puedo seguir engañándote por más tiempo; yo a quien quiero, de quien estoy enamorado, es de tu hermana Isabel.

Tú, tan noble y recta, me despreciarás como a un chiquillo, ya que no he sabido ser hombre.

Pero ante todo eres leal, y quieres que todos lo sean contigo; por eso yo lo soy, aunque algo tarde.

La verdad ruda y cruel, como ella es siempre, es esta: que estoy enamorado de Isabel.

Y ella también me quiere, se lo he conocido; pero teme descubrirlo, por el gran cariño que te tiene.

Yo te he querido mucho, no lo dudes, y cuando comprendía que mi cariño desaparecía, he luchado conmigo mismo para sujetarle, para que no se escapara; pero pudo más él que yo, y se fué para que entrara otro, más fuerte quizás.

Perdóname mi rudeza; los hombres no tenemos esa delicadeza de vosotras, para decir la verdad sin que haga daño.

Yo quiero mucho a Isabel; y como comprendo que nunca podré ofrecerle mi cariño, me marchó de aquí y trataré de olvidar lo que creí sería mi felicidad.»

A pesar del dolor horrible que la lectura de la carta me proporcionó, estuve largo rato con la mirada fija en el papel, sin lágrimas, ni gritos, y haciendo un gran esfuerzo, pude con relativa serenidad escribirle.

«No te vayas —le decía—, todo se arreglará: tú quieres a mi hermana y ella a ti, ¿por qué no vais a ser felices?; no agradezcas mi sacrificio, no lo hago por tí, ya que no lo mereces, lo hago por mi hermana, a quien quiero con toda mi alma, por mi pobre hijita, que me ha causado un daño horrible sin saberlo.»

Después sí; con mi carta quedó rota mi vida, y entonces fué cuando lloré desconsolada mi desengaño; y por más que me repetía que no merecía Manolo que yo llorase por él, no podía reprimir el llanto.

A mi padre fué fácil contarle la verdad: que ya no me casaba. Al principio se asombró; pero vivía muy lejos de la tierra, y fácilmente llegué a convencerle de que hacía bien en no casarme.

A Isabel me costó más trabajo que me confesara su cariño; la pobre cilla no quería hacerlo por miedo a disgustarme; tuve que jurarle que yo quería que se casara con Manolo, para que me lo dijera.

Y aunque yo disimulaba mi pena, ella comprendió lo enorme de mi sacrificio y se resistió a complacerme.

—¡Madre!, ¡madre! —gemía.

—Madre me has llamado siempre —le dije algo emocionada—, ¿y te extraña que una madre se sacrifique por su hija?... Es lo más natural y lo que debo hacer. No seas tonta; acepta a Manolo. No creas que me haces mucho daño; hemos exagerado mucho, y resulta que la verdad es tan insignificante que nos cuesta trabajo creerla.

Por fin la convencí, y como verdaderamente le quería, aceptó su cariño con mal disimulada alegría.

Y se casaron. Yo tuve que asistir a la boda como madre y como hermana, y conseguimos arrancar a mi padre de las nubes para que asistiera al acto.

Yo pude vencer mi emoción y presentarme serena. ¿Qué le importaba a la gente mi sacrificio? Al principio me miraron con cierta curiosidad irónica; pero al ver la firmeza de mi voz y la serenidad de mi mirada, se desvanecieron las dudas y pude permanecer allí algo más tranquila.

Llegó el momento de despedirse. Iban a hacer el viaje de novios por Italia y Suiza, y cuando ella me abrazó sentí que mi ánimo decaía, y en aquel fuerte abrazo terminó mi sacrificio. A él pude darle friamente la mano.

Cuando me encontré sola, me sentí débil como una chiquilla y eché de menos como nunca a mi madre. ¡Yo creo que fué cuando por primera vez me sentí huérfana! Y en aquel abandono recurrí al querido astrólogo. Subí al observatorio; encima de unos papeles estaba la blanca cabeza de mi padre. No le extrañó mi visita; pero algo leyó en mi rostro que le descubrió la verdad. Me abrió los brazos, y emocionado, me dijo:

—¡Pobre hija mía!..., ¡pobrecita!

Ya no pude dominarme; la congoja era superior a mí y dejé que



el llanto arrasara mis ojos. Poco a poco fui calmándome, y apoyada en el brazo de mi padre nos asomamos al balcón para que el aire de la noche refrescara mi cabeza, disipando mis tristes pensamientos.

Y apoyándome en su hombro, miramos los dos al cielo: él contemplando con cariño aquella infinidad de astros que habían llegado a ser sus amigos; yo, buscando con rara insistencia entre aquellos puntitos luminosos la mirada brillante de unos ojos que hacía tiempo perdí.»

«Desde entonces huyó de mi vida la tranquilidad; sentía con horror que el cariño que siempre había tenido a mi hermana desaparecía, y empecé a odiar a los dos: a ella y a Manolo.

Desde que se casaron no los había vuelto a ver; fijaron su residencia en un pueblecito de Andalucía, y decían que vivían muy contentos.

Pasó un año, y entonces anunciaron su llegada para que conociéramos a su hija, una niña rubia, a la que habían puesto, en memoria de nuestra madre, el nombre de Carmen.

Llegaron y sentí renacer en mí el odio que me inspiraban; tuve que hacer grandes esfuerzos para disimularlo y que no llegaran ellos a conocerlo.

Una tarde estaba yo sola en el jardín leyendo, cuando sentí detrás de mí débiles pisadas; volví la cabeza con un gesto de mal humor y vi que quien llegaba era mi sobrina.

—Tita... Tita Melia —decía con clara vocecilla; y me enseñaba una pelota de chillones colores.

La cogí y la senté en mi falda; cogí con ambas manos su rubia cabecita y estuve largo rato contemplando aquellos ojos azules, iguales a los de él.

La expresión de mi rostro debió asustar a la chiquilla, porque queriendo escapar de mí, empezó a lloriquear, balbuciendo:

¡Mamá!... ¡Mamá!...

Y aquel grito despertó en mí algo muy hondo; besé con pasión aquellas lágrimas, y quise tranquilizarla:

—No te asustes, nenita, no te asustes...

Y aquel angelito hizo lo que hasta entonces no había podido conseguir: borrar por completo el daño que me habían hecho y perdonarnos de todo corazón.

Al cabo de un mes se fueron, y yo quedé disfrutando de calma y paz al lado de mi viejecito astrólogo.

Me aficioné con entusiasmo a su ciencia, y yo era la que le escribía y buscaba los papeles que necesitaba.

Entonces fué cuando me elevé al cielo, y quise, escudriñando aquella ciencia misteriosa, olvidar todo lo de abajo.

Y en aquel estudio enterré mi juventud. No quise casarme; tuve proporciones aceptables y, ante el temor de otro desengaño, rechacé todas.

Al poco tiempo, murió mi padre, y yo seguí viviendo en aquella casona que tantos recuerdos tenía para mí.

Pasaron los años, y mi cabeza fué plateando y mi corazón envejeciendo; conservando, sin embargo, el fuego de cuando tenía veinte años.»

Carmencita terminó la lectura y, cerrando el cuaderno, se quedó un momento mirando a su tía Amelia, que seguía durmiendo.

—¡Qué buena fué! —murmuró emocionada—. Se sacrificó por mi madre... Dios se lo premiará.

La dama de cabellos de plata se despertó, y la muchacha, abrazándola, le dijo:

—¡Tía Amelia, fuiste una santa!

—No tanto, hija; fui sólo una mujer... Aprende tú también a serlo... En la vida le gusta a la felicidad encontrar el camino regado por unas cuantas lágrimas, y no se encuentra nunca la alegría y la paz del alma si antes no se ha sufrido un poquito... Pero no te asustes, chiquilla; tú serás feliz... Tienes en los ojos una chispita brillante que augura muchas alegrías... Desarruga el ceño.

Carmencita rió alegremente, y como un eco, haciendo burla de su risa, asomó el pájaro en la puertecilla del antiguo reloj: «Cú-cu, cú-cu.»

MARÍA AURORA.
Adra.

El Talismán.

Aquella noche me tocaba la Posada en la casa del Conde de X... y, como era natural, me dispuse a presentarme con todo el lujo y la elegancia que aquel acontecimiento requería. Salí, pues, de compras muy temprano y empecé por adquirir todo lo concerniente a mi atavío: un vestido de seda rosa, que me vino de primor; un gorro de brocado, que más parecía una diadema de princesa; en fin, unas zapatillas consteladas de piedras y empinadas sobre un tacón tan alto y tan ligero, que parecía hecho para contradecir todas las leyes físicas relativas

al equilibrio, la gravedad y la resistencia de los cuerpos. Y cuando en el secreto de la alcoba me hube probado mi nueva indumentaria y visto en el espejo, quedé satisfecha y prendada de mi propia imagen, a semejanza de lo que pasó a Narciso al contemplarse sobre las aguas cristalinas de una fuente; mas como en el mundo no hay gusto cumplido, un presentimiento de inquietud y de desconfianza vino súbitamente a apoderarse de mí cuando hube lanzado una mirada hacia los pies. De nuevo admiré la gallardía y esbeltez inverosímil del tacón, ¡era bello y elegante hasta decir basta! La vida fuese corta para admirar sus encantos; mas precisamente por esto era más de la fantasía que de la realidad; y siendo esto así, ¿no podría perecer a la mitad del baile? ¡Dios mío, qué vergüenza me haría experimentar!... Pero no, el zapatero me había asegurado, al saber mis temores, que a pesar de su estructura era capaz de soportar una montaña y resistir un cañonazo. Así, pues, me tranquilizo y me apresto a ser admirada y a triunfar...

Llegada la fiesta hice, en efecto, mi entrada al salón en medio de los homenajes y de los aplausos de los concurrentes.

Aun cuando tenía yo muchos pretendientes no me simpatizaba sino Abelardo, quien, por cierto, no se dignaba ni saludarme siquiera, ¡tan bien sabe comprenderse la gente de sociedad!, mas por una circunstancia imprevista, por esta vez fué Abelardo quien me pidió la primera pieza, que le concedí en el acto, decidida a todo por conquistar su amor...

Tocóse un fox de lo más pujante que puede darse, y aun cuando, modestias aparte, soy maestra en el baile (por esta vez estuve desgarbada, pues aquel presentimiento funesto de en la mañana me asaltó con mayor fuerza). Abelardo notó al punto mi desgana, y quiso investigar la causa; mas como no podía decirla y me había propuesto enamorarlo, deseché de golpe todos mis temores y dije lo que aquel rey famoso: «¡después de mí, el diluvio!»... Reaccioné, pues, y asiéndome fuertemente de sus brazos, empecé a bailar magistralmente, de tal suerte, que surcábamos el aire como saetas y hacíamos rechinar el mosaico bajo nuestros pies; en una palabra, acabé burlándome de mis escrúpulos; mas como por desgracia la desfachatez no basta a contradecir las leyes físicas, ocurrió lo irremediable: presentóse de pronto una vuelta muy forzada; el cuerpo se desniveló, al punto que quedó apoyado sobre el tacón en una postura imposible; comprendí mi imprudencia, mas era demasiado tarde. ¡Yo que caigo medio desmayada en brazos de Abelardo y el tacón que cruje y que sale disparado por todo lo alto!...

Una centella que hubiese caído en mitad del salón no habría producido mayor efecto. Se escuchó un estruendo formidable; calló la batería y aun algunos convidados se disponían a salir por puertas y ventanas, cuando el bastonero, levantando aquel emblema a la vista de todos, les dijo: «¡He aquí el talismán que porta el amor y que será rifado en el juego de prendas!»

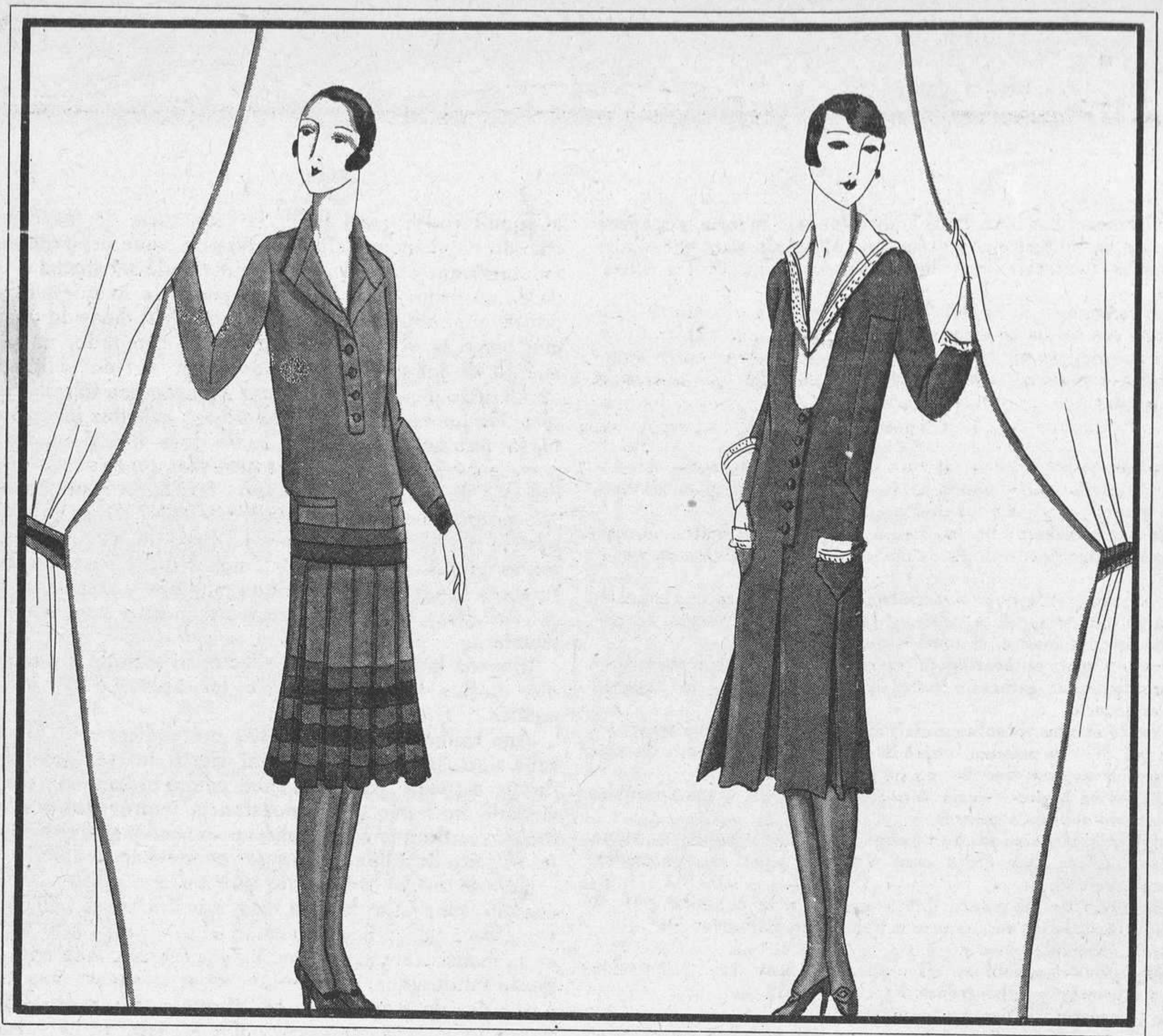
Hubo un aplauso general, y todos respondieron: ¡que se rife!

Yo escarnecí al bastonero, mas él me manifestó que no había pretendido ofenderme, sino dar mayor atractivo a la fiesta; que no era posible retroceder, pero que sí podía concederme la gracia de que eligiese quién debía ser el agraciado. A más no poder designé a Abelardo.

Hecha la rifa, en efecto, a él le correspondió; mas no quiso admitir sino hasta oír de mis labios la ratificación de aquella ceremonia que se había principiado sin mi consentimiento. Al día siguiente se me declaraba, apoyándose en el hecho de que como las mujeres teníamos el cerebro en los tacones y él era ya dueño del mío, no podía negármelo. No me ofendió su franqueza, sino, por el contrario, le contesté que tenía razón y que estaba correspondido, dejando mi venganza para tiempo oportuno. Finalmente nos casamos, y al salir de la iglesia le hice, a mi vez, esta pregunta, que no me ha podido responder:

Conque las mujeres tenemos el cerebro en los tacones, ¿no es cierto? Pues bien, y si el tacón nos basta para enamorar a los hombres, ¿dónde tendrán los hombres el cerebro?

ELOÍSA.
México.



LOS GRANDES MODISTAS



JEAN PATOU

«*Dos piezas*» entonado en malva; el «sweater» es de jersey «Parma», adornado con franjas de kasha más oscuro; la falda es de kasha con el mismo efecto de «degradé».

JEAN PATOU

Abrigo de kasha color palo de rosa; una línea de respuntes en distinto matiz subraya las costuras de los costados, las mangas y los bolsillos. Cuello y puños de «kolinsky».



PHILIPPE ET GASTON

Trajecito de «charmelaine» color palo de rosa; el cuello y los puños son de organdí, bordado en malva y rosa.

PHILIPPE ET GASTON

Vestido de «crepe Georgette» azul marino, adornado con un jaretón rosa viejo y un encaje del mismo color.



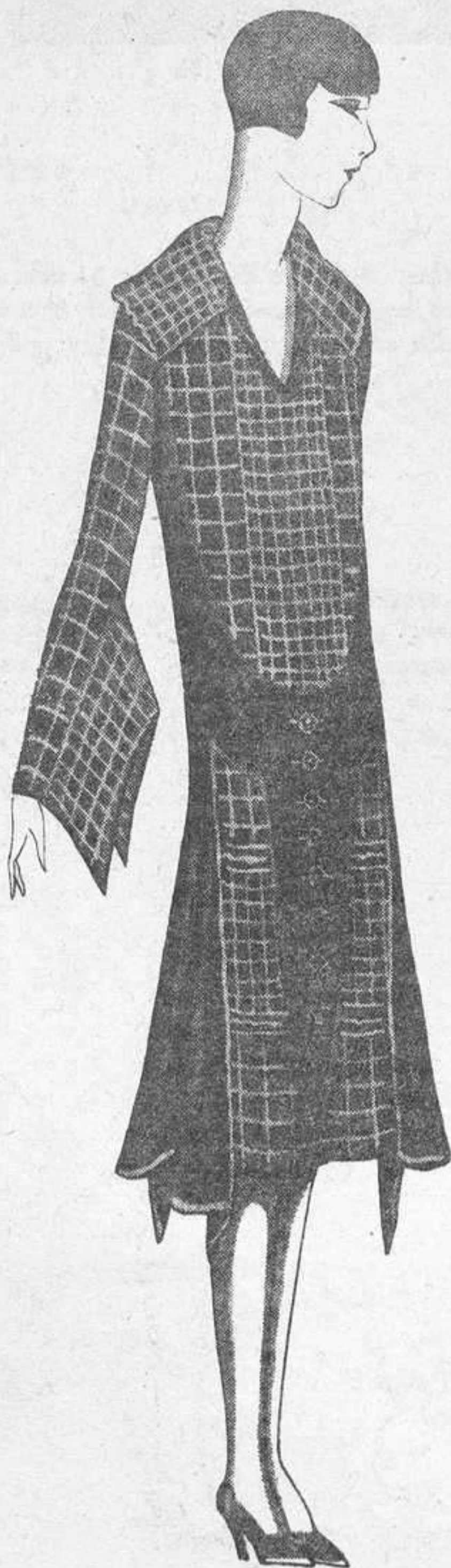


LUCIEN LELONG

Vestido de «popeline» de seda, negra, con dibujitos brochados en seda artificial. El chaleco, blanco, llega hasta el borde inferior del vestido. La hebilla, de oro y plata, tiene un dibujo, modernísimo. El cuerpo está ligeramente abluado.

LUCIEN LELONG

Vestido de tafetán azul marino; unos «coquillés» de tafetán fruncido adornan la falda. Chaleco y solapas de flexible crespón «Champagne»; estas solapas van ribeteadas con tafetán azul; la manga se ensancha hacia abajo sobre un plisado de crespón «Champagne».



LUCIEN LELONG

«Dos piezas» verde ajeno; un cuello blanco y una corbatita animan el «sweater», adornado, en el bajo, por unas aplicaciones en varios tonos de verde; la falda es de kasha verde almendra, con listas en blanco y marrón, que forman cuadros. Estos «dos piezas» son una de las fantasías más en favor en la moda actual.



PHILIPPE ET GASTON

A la izquierda, mezcla de muselina de seda malva y muselina de seda a cuadros, en blanco sobre malva. Estas combinaciones siguen muy en favor en las colecciones.

JEAN PATOU

A la derecha, bonito traje de sastre primavera, de reps azul. La blusa de «crepe Georgette» blanco va adornada con bieses de crespón azul. La falda está plisada por delante.





JEAN PATOU

Vestido de crespón «marocain» color tabaco, cuya sencillez está llena de elegancia. El cuello, flexible, se anuda por delante, formando una corbata. Unas tablas huecas dan vuelo a la falda. El cuerpo va pegado a un canesú recortado en ondas.

JEAN PATOU

Vestido de encaje de oro, ligeramente fruncido por delante, formando un grueso canelón. Ramillete de pensamientos en la cintura.



JEAN PATOU

Vestido de «crepe Georgette» blanco, con bordados de «strass» en la falda y en la cintura. El escote va rematado, sobre un hombro, por un lacito.

JEAN PATOU

A la izquierda, «dos piezas» de kasha y jersey rojo. La blusa, horizontalmente listada, está bordeada con tiras de kasha rojo. La falda lleva tablas huecas a los lados. Dos tiras de kasha pespunteado bordean las mangas.



LEWIS

Es digno de notarse el movimiento novísimo de este sombrero de paja «picot», verde.

LEWIS

Sombrero con el ala vuelta, de paja «picot», bordado con una cinta «gros grain» «couliassée».

MARIA GUY

Esta es la amplia «capeline» que nos prometen para este verano. Es de muselina de seda rosa. Una de las flores del mismo tejido, que la adornan, cae hasta el hombro.



Sombreros



JANE BLANCHOT

Sombrero de paja «picot», con la copa de tafetán plisado.



JANE BLANCHOT

«Toque» de noche de raso blanco, adornada con una cinta de plata que forma echarpe.



LEWIS

He aquí el clásico sombrero para todo trote. Este modelo es de fieltro azul, ribeteado con paja inglesa del mismo color.



LEWIS

Sobre este sombrero de «picot» negro, se han colocado dos puntas de moaré blanco. Atraviesan la copa dos grandes agujas de plata.

LOS SOMBREROS FLEXIBLES



Fieltro « beige » muy flexible, adornado con pañuelos marrón.



Sombrero de fieltro verde adornado con « gros grain » y con una ala de pájaro en verde más oscuro.



Este es el sombrero de moda. La copa va doblada en su parte superior y lleva una cinta de « gros grain » marrón.



Sombrero de fieltro flexible, color palo de rosa, con el ala vuelta por detrás.



Sombrero de « faille » negra, de una forma muy original, que debe llevarse muy metido y muy ceñido a la cabeza.

Tres distintos modos de utilizar el tafetán estampado. El primer modelo es un vestido con volantes plisados planos. El cuerpo es recto, con una tirita plisada en el escote.



Vestido de tafetán tigeramente ablusado sobre una cintura plegada, con hebilla de plata. La adornan unos «ruchés» del mismo tejido y un cuéllecito de «crepe Georgette» blanco.

zau.
anti.
dos pa.
que tant.
fondos, rara.
grises, beige,
castaños, negra,
na, violine o este.
Para la noche
más la muselina de
conseguido el milagro
colección de vestidos a
teramente hechos con muselina
seda, sin ningún adorno. Mas
cortes refinadamente sobrios!
lindas echarpes, sujetas por
rosa en el hombro izquierdo! ¡Qu
faldas desiguales, más largas en los
lados o por detrás! El rojo som-
brio, el negro, el blanco y el verde,
parece ser que son los colores pre-
dilectos, y Bianchini-Férier ha lan-
zado un nuevo tono de verde que
ha logrado un gran éxito. Está ma-
tizado de amarillo y su aspecto, a
la luz artificial, es de una grata lo-
zania.

Por último, ha reaparecido el tul,
que se combina o no con encaje y
se borda con lentejuelas o con per-
litas de arroz. A veces es glacé
como la gasa y se hacen con él
vestidos de muchacha de una ado-
rable exquisitez.

MARTINE RÉNIER.

Otro vestido de tafetán. Este es de más ves-
tir que el que figura a la izquierda. Va sub-
rayado por un ribete de trenilla y lleva un
chaleco de «crepe Georgette» blanco, adorna-
do con un entredós de encaje de Venecia.



La idea del jersey fruncido es muy nueva, y sólo se presta a su realización un jersey sumamente fino y flexible. El de este trajecito, es verde claro con listas en verde más oscuro. Una franja verde oscuro bordea el escote las mangas y el bajo del «jumper».



Sobre esta falda de «tollaine» oscura, puede llevarse cualquier blusa de crespón estampado. Esta es de crespón blanco, con dibujos «degradés», que van del gris muy claro al negro.

El tul vuelve a estar en boga, y ningún tejido se presta mejor a la moda de los frunces. Este modelo es una elegantísima mezcla de raso negro y de tul. La echarpe es también de tul.



Los volantitos fruncidos sientan bien, principalmente, a las mujeres muy esbeltas. Este vestido, de «crepe Georgette» color «beige», adornado con volantitos del mismo tejido, tiene un gran carácter de novedad.

Vestido combinado nos. Este precioso tejido «Rodier» y se compone muy flexible finamente plisado, todas las grandes casas de



Otro empleo del kasha. Este encantador «dos piezas» se compone de una blusa de kasha «beige» claro, listada de tablitas respunteadas, y de una falda de kasha marrón oscuro.

su...
tino, l...
no hay...
tituirlo? R...
des nuevas y
sha, listándola
breados, muy d...
día, o bordeando
bordados, de inspi...
marroquí.

Rodier también nos...
do el *milplis*, que es una...
encantadora. Consiste en una...
taine, o sea una lanilla trenzada,
completamente flexible, que va pli-
sada, según el antiguo estilo acor-
deón, pero formando un plisado
mucho más menudo. En la parte
inferior, unos calados de *filis tirés* o
una incrustación de *toillaine* de dis-
tinto color forman una cenefa bas-
tante alta. Este *milplis* constituye,
con *jumpers* de kasha, lindos trajes
de *sport*. **Premet** lo emplea también
para hacer grandes capas rectas,
de un efecto completamente iné-
dito.

Más tarde, veremos aparecer en
las playas los trajes de kasha rosa
o color «peladilla», ese tono espe-
cial creado por **Patou**, y que está
entre el rosa y el gris-perla.

Advierto en París un recrudeci-
miento de reps azul marino. Tenía-

El kasha sombreado es una de las noveda-
des que mejor concuerdan con la moda ac-
tual. Se compone de matices «degradés», que
van, casi siempre, del marrón al «beige»
claro.

El tafetán vuelve a gozar de un gran favor. Fruncido o «coulissé», sirve, principalmente, para hacer lindos abrigos. Esta capa de tafetán, muy fruncida en su parte inferior, lleva un amplio cuello «coulissé».

Pero la boga, la pasión, el triunfo de la muselina de seda y del crepe Georgette aventajan a todo lo demás. ¡Cuántos bellos efectos de raros matices! ¡Cuántos lindos dibujos realmente artísticos! *Bianchini-Férier* y *Coudurier-Fructus*, nuestros dos grandes fabricantes de tejidos lioneses, han acudido, para sus estampaciones, a los artistas más refinados. Han compuesto unos motivos floridos de tonos raros y unos efectos decorativos modernísimos. *Dunand* ha dibujado para *Coudurier-Fructus* una serie de amplios chales en lamé verde y oro, y naranja y oro, que *Callot* pliega con una maestría y un gusto perfectos. Sobre el crespón de Chi-

jersey «angora». Este está subrayado por un tenue ribete del mismo color.—Por último, de crespón estampado con dibujitos, adornado con tiras lisas. Cuello-echarpe del mismo tejido.



He aquí una gran novedad. Es la capa de tul que ha causado sensación en la casa «Chantal» el día de la apertura de su colección. La adornan franjas de plumas de avestruz «glicerínées» y pegadas.

y n

De
páginas
cibamos
go, quien
comunicación

Desde el p
las lectoras y

Y el precio

La solución que
un Suplemento, que
pero que ni los suscri

De este modo, quien
no sólo igual, sino muy
número.

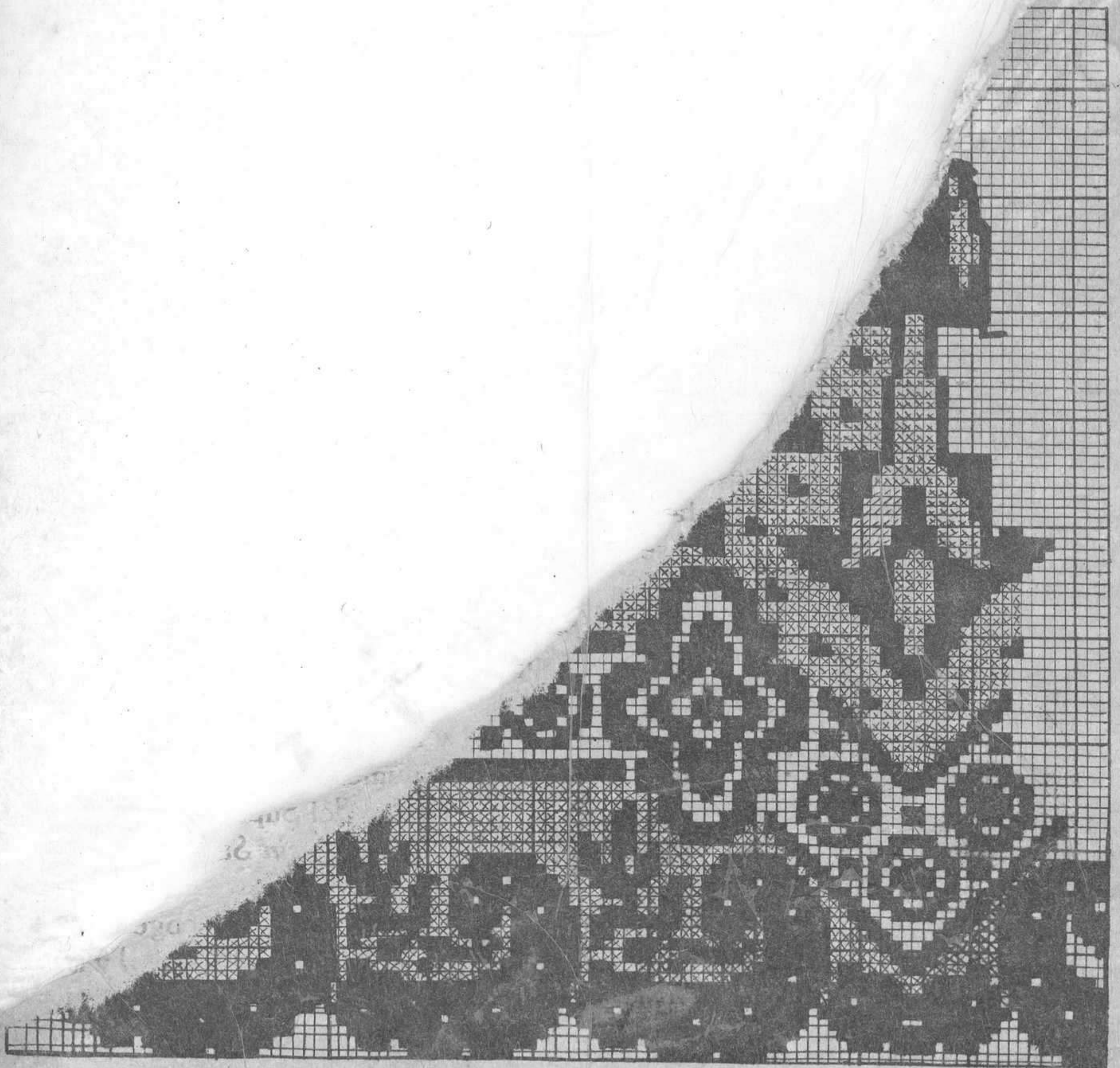
Quienes además de la rev.
pagar *treinta céntimos* suplementa

El Suplemento, además de la se
chos otros interesantes originales.

Otra novedad del número próximo (e
de lujo de MUJER, que, tirada en papel su
vestida de gala.

Para dar a conocer a todas nuestras lectoras y
Suplemento, haremos el sacrificio de tirar todo el número
y regalaremos con cada número de la revista un número del Sup
do, sin embargo, la revista al precio de la edición corriente *sin S*
50 céntimos.

A partir del número 30, cada suscriptor y cada lector podrán escoger
edición corriente (50 céntimos sin Suplemento; 80 céntimos con Suplemento) y
edición de lujo (una peseta sin Suplemento y 1,30 con Suplemento).





Trajecito de «toile» de seda, con botones de rojo, encantador para el día o el sport. Pespuntes rojos en los bolsillos. El cuerpo va ligeramente fruncido en los hombros, bajo el busto plano.

Vestido de «crepe Georgette» de un tono «rubio», con fino encaje del mismo color, incrustado. La manga, ensanchada hacia abajo, va abierta hasta el codo.



y de la Moda, ha publicado en su primer número
RR. LAS INFANTAS DOÑA BEATRIZ Y DOÑA MARÍA CRISTINA;
pero al presente, las VISITAS que siguen:

los Duques del Infantado.
 a de los Marqueses de Cayo del
 a de Togores, hija de los Marqueses
 López Roberts, hija de los Marqueses
 a Josefina López de Ayala, hija de los
 a. 7 a Belén Morenés, hija de los Marqueses
 Ernestina de Champourcin, hija de los Baro-
 ampourcin. Núm. 10 a Blanca de Borbón, hija de
 de Borbón. Núm. 11 a Trinidad y Mercedes Travesedo,

hija de los Duques de Nájera. Núm. 12 a Cristina Loygorry, hija de
 los Duques de Vistahermosa. Núm. 13 a María Rosa Pérez Seoane,
 hija de los Condes de Riudoms. Núm. 14 a Africa Carvajal, hija de
 los Marqueses de Valdefuentes. Núm. 15 a Lola Bruguera y Medina,
 hija de los Marqueses de Borghetto. Núm. 16 a Cristina Navarro,
 hija de los Barones de Casa Davalillos.

En el próximo número reanudará esta serie con una «visita» a **TRINA CASTILLO**, hija de los Marqueses de Jura Real.

MENÚS Y RECETAS

1.º **ALMUERZO.**—*Huevos en conchas.*—*Mojarra en salsa.*—*Riñones en palillos.*—*Manzanas, plátanos, etc.*

Huevos en conchas.—En cada concha de rellenar, que son unas conchas grandes y rizadas que en playas y puentes suelen vender los pescadores, se pone un poco de manteca de vaca. Se parte sobre la manteca un huevo, que se espolvorea de sal fina y pimienta molida. Se les echa encima otra pellita de mantequilla; se espolvorean de queso rallado, con preferencia de Parma, se meten en el horno para que se dore el queso, y antes que se cuaje la yema, se sirven.

Mojarra en salsa.—Se escama y limpia bien el pescado, que después se cuece en bastante agua con sal. Una vez cocido se aparta, dejándolo dentro del agua en donde coció, hasta unos minutos antes de servirle, en cuyo momento se calentará acercando al fuego la cacerola.

Cuando vaya a servirse se tiene preparada una salsa bearnesa, que se echa en una fuente, colocando en ella el pescado y sirviéndolo antes que se enfríe.

Salsa bearnesa.—Para hacer esta salsa se ponen en una cacerolita cuatro yemas de huevo, cuatro cucharadas de aceite fino, cucharada y media de vinagre fuerte, de buen vino, que estará de antemano diluido en tres cucharadas de agua, cuatro gramos de sal fina, uno de pimienta negra molida y media de hojas de estragón, finísimamente picado.

Se bate todo bien en la cacerola, se coloca ésta al baño maría, se mueve continuamente la salsa, siempre para el mismo lado, como si se tratase de una crema, y cuidando de que el agua del baño no llegue a hervir, para que la mezcla no se corte, se sigue trabajando hasta que se ponga algo espesa y se sirve.

Riñones en palillos.—Se preparan y cortan en ruedas que se ensartan en palillos de dientes, hasta llenar éstos, alternando los pedacitos de riñón con finísimas laminillas cuadradas de jamón.

Hecho esto se colocan en una cacerola con sal, ajo y perejil picados, pimienta y azafrán. Se les pone también zumo de limón y caldo del cocido, dejándolos hervir un poco hasta que estén tiernos y queden en la grasa. Se sirven recién hechos.

COMIDA.—*Sopa dorada con huevos.*—*Timbal de ave.*—*Cebollas con quisquillas.*—*Compota de dátiles.*

Sopa dorada con huevos.—Se baten unos huevos, poniendo luego en el batido unas rebanadas gruesitas de pan, con su corteza. Hecho esto, se las deja empapar bien por espacio de quince o veinte minutos, friéndolas como buñuelos. Después se ponen, hechas pedacitos en caldo del cocido, con trocitos cuadrados de jamón crudo o gallina cocida, si se tiene a mano, cuidando de poner sólo el caldo preciso para que se empapen bien. Luego se ponen en la hornilla caliente, con fuego sobre la tapadera para dorarla.

Timbal de ave.—Se pica finamente carne de cualquier ave, cocida de antemano, con jamón crudo, tocino y unas trufas. Este picadillo se mezcla y amasa con un vasito de vino blanco, un poco de ralladura de pan y tres huevos.

Hecho esto, se pone en un molde engrasado, cociéndolo al baño maría. Puede servirse caliente, acompañado de una salsa hecha de harina frita con pedacitos de jamón y jerez, o si se prefiere se sirve fiambre.

Cebollas con quisquillas.—Se preparan primero unas cajitas de papel marquilla y se engrasan por todos sus lados con aceite fino de olivas. En ellas se colocan cebollitas pequeñas, a las que se les habrá rellenado, haciéndolas un agujero en su interior, con quisquillas crudas y mondadas.

Se cierran luego estas cajas del mejor modo posible y se ponen en un recipiente que resista el fuego para cocerlas en el horno, por espacio de media hora aproximadamente.

Compota de dátiles.—Con unas tiritas de corteza de limón y naranja se cuecen en una cacerola cierta cantidad de dátiles comunes.

Bien tapada la cazuela, puesta por espacio de dos horas en el horno o a fuego lento, queda hecha la compota, sin necesidad de ponerle azúcar.

2.º **ALMUERZO.**—*Liebre adobada con arroz.*—*Cardillos o tagarninas en salsa de huevo.*—*Batatas en fritura.*

Liebre adobada con arroz.—Después de limpiar y hecha trozos, se pone la liebre en un adobo compuesto de vino blanco, cebollas, ajos, perejil, laurel, pimienta negra y clavo, dejándola en esta salsa por espacio de veinticuatro horas para que se tome bien de ella.

Pasado este tiempo, se saca y rehoga en aceite. Se le dan una o dos vueltas y después se le pone parte del adobo, dejándola que se ablande con el resto del mismo y echando el arroz cuando esté tierna.

Cardillos o tagarninas en salsa de huevo.—Se pelan y limpian bien los cardillos para cocerlos con agua y sal. Una vez cocidos, se les vierte el agua, escurriéndolos bien y rehogándolos en una sartén con aceite frito. Se les pone luego un polvo de pimienta molida, y antes que éste se queme se les pone un cacillo de agua, añadiéndoles luego una salsa hecha con ajo machacado, con unos granos de pimienta y miga de pan, que se deshace con agua fría y se vierte sobre los cardillos. Al servirlos, se les añade un huevo batido con un poquito de vinagre.

Batatas en fritura.—Se cuecen las batatas. Luego se cortan en rodajas, que se enhuevan y frien, para servir las envueltas en azúcar y canela.

3.º **ALMUERZO.**—*Puré de cangrejos con arroz.*—*Anguila a la española.*—*Pierna de venado, ciervo o corzo.*—*Coles de Bruselas salteadas.*—*Torta de Santa Hilaria.*

Puré de cangrejos con arroz.—En una cacerola se pone un picadillo de cebolla, zanahoria, laurel, sal y tomillo. Sobre todo esto, se colocan seis docenas de cangrejos bien lavados, los cuales se cubren de agua para cocerlos.

Cuando están cocidos, se apartan para que se enfríen; se les quitan las colas, se les mondan éstas, poniéndolas luego aparte, y el resto de los cangrejos, después de destripado, se machaca en el mortero para formar una pasta que se cuece con dos litros de buen caldo y un cuarterón de arroz.

Así que está cocido se cuele este puré, se pone en una cacerola y se deja al fuego sin que llegue a hervir, y al ir a servirlo se ponen en la sopera, con las colas de los cangrejos picadas en cuadraditos, un poco de nata, otro poco de mantequilla y seis yemas de huevo. Todo esto se revuelve bien, mezclándolo perfectamente. Después se vierte sobre ello el caldo o puré de la cacerola, muy despacio, sin dejar de removerlo para que el huevo no se cuaje de pronto y se corte y, por último, se sazona de sal, un polvillo de pimienta de Cayena y se sirve en seguida.

Anguila a la española.—Se le quita la piel y se hace trozos. Se fríe en una cacerola con manteca, laurel, tomillo y perejil.

Aparte, se frien unas rebanadas de cebolla, y cuando van tomando color se unen a la anguila. Se sazona con especias, pimienta de Cayena, pimienta colorado y vino blanco seco, poniéndole además, si agrada, unas setas bien limpias y blanqueadas.

Después se cubre la cacerola con un papel y su tapadera, dejándola cocer, y al servirla se sacan los trozos de anguila, se colocan en una fuente formando corona, y quitándole a la salsa las hierbas, se pone en el centro con la cebolla.

Pierna de venado, ciervo o corzo.—Aún duran las grandes cacerías y nos parece oportuno tratar de tales viandas.

Lo general es ponerlas en asado, y como mejor resultan éstos es atravesando las carnes en una vara o vaqueta de escopeta, que se sostiene entre piedras y sobre el fuego encendido en pleno campo.

También se mechan con tocino, puesto en una aguja de lardear, espolvoreando la pierna de sal y dejándola airearse al fresco durante dos o tres días, asándola luego al asador o al horno, teniendo en cuenta que, por estar más descargadas de carne, tardan menos tiempo en asarse que las de carnero.

Esta caza, que tiene pocos condimentos especiales, puede ponerse con cualquier otro preparado de carne de montería, pues todos éstos le van bien. Claro está que, si se ha de condimentar en pleno campo, no es oportuno en el menú que nos ocupa el puré de cangrejos, pues no siempre se tendrán éstos con la facilidad que en las ciudades; pero este menú, como todos, puede sufrir ligeras variaciones, y así lo hemos confeccionado, pensando en que pudiera servirse en sitio donde se disponga de toda clase de elementos para llevarla a cabo.

Coles de Bruselas salteadas.—Se cuecen primeramente en agua con sal, se escurren y ponen en agua fresca, volviéndolas a escurrir luego otra vez.

Se saltean después a fuego muy vivo, sazonadas de sal, pimienta y moscada, en una sartén con mantequilla, y se sirven muy calientes.

Torta de Santa Hilaria.—Para cuatro huevos, lo que pesen éstos de azúcar y el peso de tres de harina, con otra cantidad igual de manteca.

Se baten los huevos solos, y, aparte, se bate la manteca con la harina, reuniéndolo todo para formar la torta, que dentro de un molde engrasado se cuece en el horno.

VIANDAS DE LA ESTACIÓN

Carnes.—Cerdo fresco: Lomo, chorizos, salchichas, longaniza, farinatos, sobreasada, etc., etc.

Caza y aves: Liebre, venado, jabalí, conejo, perdices, tordos, zorzales, chochas, avefrías o aguanieves, chorlitos, calandrias, trigueros, alondras, etc.

Pescados.—De mar: Arenques, atún, besugo, cazón, calamares, lenguados, merluza, pescadilla, salmonetes, angulas, almejas, ostras, mariscos, etc., etc.

De río: Bogas, anguilas, tencas, etc., etc.

Verduras.—Lombarda, berros, espinacas, acelgas, berzas, calabaza, coliflor, coles, espárragos del campo, remolachas, setas, zanahorias, lechugas, escarolas, apio, etc., etc.

Frutas verdes y secas.—Piñas, naranjas, manzanas, peras, uvas, plátanos, pasas, higos secos, orejones, castañas, nueces y bellotas.

ISABEL GALLARDO DE ALVAREZ.

EL MARIDO -:- LA MUJER

CONTESTACIONES RECIBIDAS

¿CÓMO DEBE SER EL MARIDO?

NÚMERO 44

Las excelencias espirituales preferibles:

Lo principal en un hombre: la seriedad; esto es, la formalidad. ¡Y el talento!

Las menos esenciales:

El ingenio.

Las deficiencias morales más insufribles:

La hipocresía, el espíritu tortuoso, torcido, deforme, envidioso, giboso.

Las más llevaderas:

La predisposición al optimismo ciego, inconsciente y pueril.

Las dotes físicas más gratas:

La buena estatura, el buen porte, la distinción, el empaque viril.

Los defectos físicos más odiosos:

El andar menudo y femenino, la voz atiplada y afeminada.

Los más soportables:

La sordera. Aunque mirándolo bien, este defecto me parece insufrible.

¿Desearía que se diese en él alguna preeminencia social?

Sí; me gustaría que fuese un hombre público, de fama. Un pintor, un escultor, un hombre de ciencia. Nunca un poeta.

Las ideas que debería tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida actual:

Tolerante, mirando desde arriba; es decir, desde su irreprochable moralidad.

¿Qué profesión le gustaría más que tuviese?

Ya lo he dicho. Un artista, un hombre de ciencia, sin profesión oficial.

A. B. C.

NÚMERO 45

Las excelencias espirituales preferibles:

La nobleza de espíritu, la inteligencia despejada, la delicadeza y la fidelidad.

Las menos esenciales:

La paciencia, la destreza, la audacia y la diligencia.

Las deficiencias morales más insufribles:

El egoísmo, el interés, el convencionalismo, la tacañería, la ruindad, la cobardía, la timidez y por encima... la voluntad de una suegra.

Las más llevaderas:

El orgullo, la retracción y la curiosidad.

Las dotes físicas más gratas:

La armonía en todos los miembros, o sea la proporción.

Las menos estimables:

La completa belleza.

Los defectos físicos más odiosos:

La deformidad, la tartamudez, por lo que se tarda en oír una declaración, y nunca sería feliz con un bizzo, porque creería que nunca me miraba.

Los más soportables:

Frente espaciosa y boca grande.

Las ideas y opiniones que debería tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida presente:

Ideas monárquicas y que conservase siempre la fe, aunque no demostrase en sus actos ser verdadero católico; y respecto a la vida, que su mayor ilusión fuera vivirla por la felicidad de su hogar.

¿Desearía que se diese en él alguna preeminencia social? ¿Cuál en tal caso? ¿Cuál otra le sería indiferente o quizá indeseable?

No deseo ninguna preeminencia social; en él, por lo tanto, todas me son indiferentes e indeseables.

¿Qué profesión le gustaría más que tuviese?

Cualquiera, siempre que sea digna, culta e instruída, y que me proporcionase un medio de vivir igual al actual que disfruto.

NI NAY.

NÚMERO 46

Excelencias espirituales que más estimaría en mi marido:

Que fuese sobre todo un hombre simpático, optimista y de gran rectitud moral en todos los actos de su vida.

Apreciaría menos:

Sus ideales políticos.

Las dotes físicas que más me gustarían:

Sobre todas las demás perfecciones de mi marido lo que exijo en él es que tenga los dientes muy blancos. Esto es una sugestión mía enorme; cuando hablo con alguien en lo primero que me fijo es en los dientes. Una persona con los dientes descuidados no puede serme simpática nunca. Y también me molestan las piernas torcidas. Mi marido (si me caso) tendrá los dientes muy blancos y las piernas muy derechas.

No me importaría:

No me fijaría en el color de los ojos, la estatura ni el color del pelo.

Ideas sobre la familia:

La familia habrá de ser para él antes que nada, y considerará su hogar como el refugio seguro y el bálsamo para todas sus penas y contradicciones; enterará a su mujer de todo, de sus fracasos y de sus alegrías y adorará en ella y en sus hijos; a éstos deberá educarlos para que le respeten; pero al mismo tiempo le quieran y no le teman.

Ideas sobre la sociedad:

En cuanto a la sociedad me basta con que siguiera el consejo divino: «Lo que no quieras para ti no quieras para nadie».

Ideas sobre las costumbres y la vida moderna:

Que le gustase bailar un poquillo, alternar; pero no en cabaret con tanguistas, etc., sino con personas sanas de espíritu en un ambiente familiar y decente; pero que pensase en la vida más seriamente que piensan la mayoría de los hombres ahora; dándose cuenta, de que cada uno tenemos una misión que cumplir en este mundo.

Preeminencia social que preferiría se diese en él:

Que fuese admirado por su talento, puesto al servicio de todos, y que se hablase de él por sus obras en bien del progreso.

Me sería indiferente:

Que alcanzase un puesto elevado en política.

Indeseable:

Que se hiciese célebre sabiendo que se había hecho rico por medio de negocios poco limpios como sucede a veces, que se les critica en las casas decentes; pero por mal parecer, y porque tienen dinero, aun en esas mismas casas se les recibe.

Profesión que me gustaría más en él:

Ingeniero. Así quisiera un marido.

VARITA DE NARDO.

NÚMERO 47

Excelencias espirituales preferibles:

Inteligente, optimista, caritativo.

Menos esenciales:

Cultura artística.

Deficiencias morales más insufribles:

Hipócrita, mala educación, tacaño.

Las más llevaderas:

Burlón, orgulloso.

Dotes físicas más gratas:

Ojos azules, pelo oscuro, dientes iguales y muy blancos, y sobre todo, muy buen tipo.

Menos estimables:

El pelo rizado.

Defectos físicos más odiosos:

Dentadura fea, bajito, regordete, pelo rojo, etc.

Los más soportables:

Corto de vista, porque con unos lentes se hacía soportable.

Ideas:

Modernista con distinción, muy siglo XX (como yo), sin llegar a parecerse en nada sus ideas con las de los muchachos que se creen «bien», y a mí me parecen mal.

Preeminencia social y profesión:

Me gustaría que sobresaliera en su profesión (doctor en Medicina o en Derecho) entre todos, por sus méritos y sus triunfos.

TRAVESURAS.



NÚMERO 48

Las excelencias espirituales que desearía tuviese son: Religión (creyente con verdadera fe; no beato, ¡eh!) e inteligencia clara. Cultura general, bondad (pero no demasiada), ingenio y carácter alegre (sin ser juerguista).

¿Las que menos?

Que le diese por el romanticismo chabacano, tan de moda en los niños de este siglo.

Los defectos morales más insufribles:

El que no tuviese Religión, jugase o fuese un perezoso. ¡Con uno así, ¡ni al cielo!

Los más llevaderos:

El mal humor (o genio), vulgo *spleen* o neurastenia..., que ya procuraría quitárselo.

Físicamente:

¡Todo un hombre!... Van escaseando tanto...

Ideas:

Que no fuese de los que dicen: Cañón, bestial, fusil, animalada (a esos les daba unos azotes). Buen hijo, que siéndolo, será un buen marido. Que le guste todo lo que sea arte. Que con respecto a la moderna sociedad conceda a la mujer el derecho, no sólo de esposa, sino el de *compañero*, *secretario*, *amiga*, y no crea que las mujeres somos un animal de cabello largo (corto, hoy en día) e inteligencia corta, o unas muñecas frívolas.

Con que me quisiera mucho me daba igual cualquier carrera, ¡en los tiempos actuales... cualquiera elige! Eso sí: que no le diese por la ¡política!... ¡Horror!... Es nuestra mayor enemiga.

CONDESA DE MATTES.

NÚMERO 49

Excelencias espirituales preferibles:

Gran inteligencia, buenos sentimientos y un corazón que sepa comprenderme.

Menos esenciales:

Ninguna; todas las creo esenciales.

Deficiencias morales más insufribles:

La incomprensión, el engreimiento y la hipocresía.

Las más llevaderas:

El desorden y el orgullo, siempre que no sea vanidad.

Las dotes físicas más gratas:

Que sea «muy hombre», alto, fuerte, y con unos bellos ojos de dominador.

Las menos estimables:

La belleza, ¡qué horror, los guapos!..., y más cuando se lo creen.

Los defectos físicos más odiosos:

La suciedad y que tenga voz o gestos afeminados.

Los más soportables:

Que sea algo desgalichado.

Ideas:

Nobles, sinceras, y razonadamente liberal en sus opiniones.

Preeminencia social:

La que pudiese alcanzar por su talento en la profesión a que se dedicara, o por haber sido útil a sus semejantes. Me sería indiferente que perteneciese a una clase elevada o humilde.

Profesión:

El arte en cualquiera de sus manifestaciones.

ELIA M. OITOBELL.

NÚMERO 50

¿Qué excelencias espirituales estimaría usted más en su marido?

Sobre todo que sea un buen cristiano, para que eduque a sus hijos en el temor de Dios; que sea alegre de genio, sin que sea un calavera; que le gusten los niños, como me gustan a mí, y que tenga el talento suficiente para tratar a la mujer, que es lo más difícil en el hombre, que no sabe comprenderla muchas veces.

Que le guste la música y sea algo artista.

¿Cuáles otras suyas apreciaría usted menos?

Que fuera muy caballeroso, pues en estos tiempos tan plebeyos,

de tantos nuevos ricos, sin educación, a veces se confunde la corteja con la tontería, y yo sufriría al verle así juzgado.

Lo que no me gustaría que fuera, jugador.

¿Qué dotes físicas le gustaría más que tuviera?

Robusted, salud, aunque careciese de buena figura, de treinta a cuarenta años; no me gustan los *pipiolos*.

¿Y de cuáles le importaría menos que careciese?

Pues, como digo más arriba, de hermosura y buen tipo.

¿Qué ideas le gustaría a usted que tuviese sobre la familia?

Que fuera su único ideal, y en sus ocupaciones y diversiones estuviera esperando el momento de llegar a ella, abrir el corazón a su mujer y contarla igual penas que alegrías.

¡Qué ejemplo más bonito para los hijos!

¡Y qué alegría para todos!

Que la sociedad le gustase para reirse un rato, puesto que es el teatro de la vida que representa a medio mundo criticando del otro medio y ocultando la verdad de las cosas, y presentando todo muy bonito y alegre, cuando eso que hay en realidad no es más que calamidades, ahora que, para la sociedad, las gentes suelen ponerse un disfraz para representar la farsa.

Respecto a las costumbres modernas me gustaría que opinase como yo, que detesto la vida actual: en su afán la mujer de no parecerlo, y los *pollos* de cabaret me molestan extraordinariamente, pues sacándolos de ese ambiente no los considero capaces de nada de provecho.

¿Qué preeminencia social preferiría usted que se diese en él?

Que mi compañero en la vida perteneciera a la clase media que es la más abnegada, a la que yo pertenezco, y que poseyera un gran talento, si pudiera ser como Maura; pero eso ya es mucho pretender.

¿Y cuál otra le sería indiferente o quizá indeseable?

Pues que careciese de gran fortuna, no precisamente un cesante; pero teniendo lo suficiente para vivir modestamente, y ganado honradamente por él, me consideraría dichosa.

¿Qué profesión le gustaría más en él?

Médico, militar, y siendo militar, de artillería.

UNA CHATUNGA.

NÚMERO 51

1.º A todas las excelencias espirituales prefiero la cultura y la educación.

2.º Para mi agrado lo mismo me sería que fuese elocuente que no, siempre que no tuviera que hacer uso de esta cualidad para ganar el sustento.

3.º No tolero la hipocresía. Al hombre que disfraza sus sentimientos le creo capaz de las mayores infamias.

4.º Pasaría porque fuese orgulloso; pero no intratable.

5.º Ante todo, la salud y después..., ¡ah!, después quiero que sea buen mozo, moreno, de ojos expresivos, de pelo un poquito ondulado y muy pulcro. Me repugnan los «adanos».

6.º Poseyendo las restantes cualidades, podría rebajarle un poquito la talla, por lo menos hasta quedarle un poco más alto que yo (mido 1'57).

7.º y 8.º Odio todo defecto físico originado por el vicio, y soportaría los causados por una enfermedad inesperada o por un accidente, y aún con más gusto los producidos en el cumplimiento de un deber.

9.º Dificilillo es contestar a esta pregunta, puesto que hay pocos hombres que sepan separar de la vida moderna lo verdaderamente bueno. Contados son los que cifran su ilusión en constituir un hogar que sea templo donde se rinda culto ferviente al verdadero amor. («¡Esas son rutinas y antiguallas!», oigo que me dicen). Los hombres de hoy día no anatematizan el «modernismo» (léase libertinaje) que caracteriza a la vida moderna, y sino les agrada que la mujer saboree un aromático egipcio, conduzca un Citroën y se pase a diario la *Gillette* por el cogote, tampoco ponen nada de su parte para evitarlo.

10. Quisiera que todo el mundo le distinguiese por sus buenas cualidades morales y por su trabajo; pero me desagradaría la demasiada popularidad que los convierte en verdaderos muñecos.

11. ¿Abogado? ¿Ingeniero? ¿Médico? ¿Militar? No lo sé. Distinguiéndose en ellas por su saber cualquiera me agradaría.

POLIKRATA.

Lo pasado, lo presente y lo futuro.

¿Qué es flirteo?

De las lectoras premiadas en estos Concursos nos han autorizado para publicar su nombre la

Srta. ADELINA GURREA, de Madrid (*Magg*), a quien correspondió el primer premio del Concurso *Lo pasado, lo presente y lo futuro*, y la

Srta. CARMINA CASTAÑARES, de Madrid (*Nenuca*), favorecida con el primer premio de *¿Qué es flirteo?*

Las demás premiadas desean conservar el anónimo y así lo hacemos, respetuosos con sus deseos.

□ □ □

Los lectores premiados que no hayan reclamado su premio antes del 30 de marzo de 1926, perderán su derecho.



Mascarillas de belleza.—Las Mascarillas de belleza son unas composiciones destinadas a permanecer algún tiempo sobre el rostro, sujetas por tiras de muselina o de gutapercha.

He aquí la célebre «Mascarilla de las Romanas»: Harina de habas, 100 gramos; harina de arroz, 100 ídem; miel, 50 ídem; agua de rosas, 100 ídem, y clara de huevo, una.

La «Mascarilla de las Sultanas», que conserva a la piel su fineza y su blancura, se compone de: Almendras amargas, 250 gramos; pistacho, 125 ídem; azúcar molida, 15 ídem; harina de habas, 40 ídem; miel blanca, 40 ídem; alcohol, 60 ídem; aceite de almendras dulces, 40 ídem, y esencia de bergamota, 2 ídem.

La «Mascarilla de Diana» se compone de mantequilla fresca que se expone al sol hasta que se derrita. Se le añade luego un poco de agua de llantén y se mezcla, a fin de que la manteca absorba el agua; debe haber bastante agua de llantén para que la manteca se vuelva blanca como la nieve. Por último, se añade un poco de agua de azahar y de agua de rosas.

Algunas lociones célebres.—Las lociones más eficaces suelen ser lácteas. La más famosa de todas y la más fácil de hacer es la conocida por el nombre de «leche virginal», y que se compone de: Agua de azahar, 250 gramos, y tintura de benjuí, 10 gramos.

El agua de azahar puede sustituirse, en la misma proporción, por agua de rosas.

La «leche de almendras» es la más suavizadora que puede emplearse. Su composición es la siguiente: Leche de almendras dulces, medio litro; jugo de cebada, medio litro; bálsamo de Judea, cuatro gotas, y esencia de vainilla, dos gotas.

Para hacer «agua de Hebé» se mezclan: Agua de rosas, 250 gra-

mos; glicerina, 25; benjuí, 20; esencia de bergamota, 20, y esencia de limón, 5.

He aquí, por último, una loción que usaba diariamente la emperatriz Isabel de Austria: Agua de lluvia, 1 litro; agua de rosas, 125 gramos; agua de laurel-cerezo, 30; agua oxigenada, 25, y jugo de jubarba, 10.

No conviene usar todas estas composiciones para los cuidados del rostro. Cuando se ha descubierto la que conviene al propio cutis, lo más sabio es permanecerle fiel.

Las herpes.—Al médico corresponde precisar la manera como deben cuidarse las herpes. De todos modos, siempre cabe utilizar, sin inconveniente, la siguiente crema: Vaselina, 20 gramos; lanolina, 10 ídem, y óxido de cinc, 5 ídem.

Puede extenderse suavemente sobre las partes herpéticas la pomada siguiente: Manteca de cerdo, 15 gramos; tintura de benjuí, 5 ídem; turbit nítrico, 1,5 ídem, y esencia de romero, 2 gotas.

Para los cuidados del rostro no deben utilizarse más que paños muy limpios, y, mejor aún, algodón hidrófilo. Precisamente las herpes suelen ser ocasionadas por el contacto de objetos poco pulcros.

Es preciso vigilar atentamente el régimen alimenticio del que quedarán excluidas todas las viandas o bebidas excitantes.

Una receta muy refrescante, cuando se padecen herpes, consiste en aplicar en las partes enfermas fomentos de jugo de berros. También son buenas las aplicaciones de agua de mar, así como la siguiente preparación: Harina de lentejas, 50 gramos; harina de cebada, 50 ídem, y miel blanca, 30 ídem.

También puede hacerse un linimento compuesto de miel cocida con una pequeña cantidad de alumbre.

CONSEJOS PRÁCTICOS

Manchas de tinta o de óxido.—Se cubren las manchas ligeramente con un poco de sal de acederas, en polvo, sobre la que se vierte luego, gota a gota, agua caliente. Cuando desaparece la mancha, se lava la prenda a chorros, para evitar que se quemé la tela. Si la tela manchada es de color debe hacerse previamente una prueba en un trozo pequeño. Esta prueba es inútil en tejidos verdes o marrón, pues estos dos colores no soportan la acción de la sal de acederas. Las manchas de óxido también pueden quitarse con ácido sulfúrico mezclado, en una gran proporción, con agua; se lava con agua corriente, al grifo, tan pronto como desaparecen las manchas. También puede practicarse esta operación con una débil disolución acidulada de sal de estaño, con la cual se empapa la mancha sin miedo a que se estropee el tejido. Para las manchas de tinta se baña la parte manchada en leche fresca, sin cocer, y se restrega la tela mientras está dentro de la leche; si la mancha es antigua debe repetirse la operación hasta que la mancha haya desaparecido.

Manchas de ácidos y de frutas.—Cuando las manchas producidas por ácidos minerales son recientes se quitan bañando la tela manchada en agua con amoníaco; también puede bastar con el vapor de este alcalí. Cuando las manchas son antiguas el único remedio es el tinte.

Las manchas de ácidos vegetales, zumo de limón o de naranja y otras frutas, vinagre, cerveza, sidra, etc., etc., en las telas blancas, se quitan con un sencillo lavado de agua y jabón; pero para las telas de color deben verse diez o doce gotas de ácido sulfúrico en un vaso de agua, empapar con esta composición la parte manchada y lavarla luego al grifo.

Para las manchas de fruta, especialmente, se emplea el azufre. Se moja la parte manchada y se mantiene sobre un recipiente en el que se quema azufre. Si la mancha no desapareciese puede emplearse el agua de lejía.

Manchas de barro.—El lodo de las grandes ciudades forma manchas persistentes porque encierra polvos minerales y vegetales que no se quitan con un lavado sencillo. Por eso debe empezarse con un lavado con agua caliente y jabón, luego se aclara con agua fría; seguidamente se humedecen las manchas que persisten y se cubren con un poco de crema de tartrato en polvo durante diez minutos; por último se lavan frotando con agua clara.

Manchas de café o de chocolate.—Estas manchas se quitan con un lavado con agua fría, seguido de otro lavado con agua jabonosa a una temperatura de 40 a 50°. La mancha se expone luego al vapor de azufre. Generalmente, sobre todo cuando se tra-

ta de manchas de café con leche, hay que repetir esta operación varias veces.

Manchas de cera o de esperma.—Las manchas de cera o de esperma no deben rasparse. Se estira la tela, luego se empapa la parte manchada con alcohol de 90°, o con agua de colonia, o se coloca encima un papel secante, o, mejor aún, varias capas de papel de seda y se pasa una plancha caliente.

Limpieza de los tejidos de seda blanca.—Cuando se limpian tejidos de seda no se deben retorcer, ni estrujar, entre las manos. Para quitar las manchas muy adheridas es preferible utilizar un cepillo de cerdas flexibles, mojado en agua templada, y jabón suave.

Cuanto mejor sea el tejido, más fácil resultará lavarlo.

Se extiende el tejido sobre una tabla lisa y limpia y se empapa con agua jabonosa, tibia, en la que se ha mezclado una cucharada de miel.

Cuando ya está empapada toda la tela se sumerge en una cubeta llena de agua templada en la que se deja en remojo por espacio de una hora; luego se aclara en varias aguas, templadas todas, sin estrujar, ni retorcer y se tiende. Se plancha la seda por el revés, mientras está húmeda, a fin de devolverle su apresto y su brillo.

Todas las sedas de color claro se limpian de esta manera, mejor que con procedimientos químicos que las vuelven rudas y quebradizas. Para quitar las huellas de humedad reciente, basta con colocar el tejido de seda sobre un trozo de percal mojado; se enrollan juntos ambos tejidos y se dejan así, por espacio de veinticuatro horas, en un lugar fresco. La humedad del percal absorbe las manchas de la seda; ésta se plancha inmediatamente después.

Los tejidos de seda negra.—El raso negro se limpia con alcohol de 45° como máximo.

Se coloca el raso sobre una mesa y se le frota por el derecho, en el sentido del hilo, con una esponja empapada de alcohol. Se seca un poco con un trozo de franela y se plancha por el revés, no sin interponer, previamente, una muselina.

Los demás tejidos de seda negra se pueden limpiar con café; se utiliza para ello una esponja empapada en café corriente, como en la limpieza anterior.

Los tejidos de seda de color.—Las sederías de color pueden limpiarse lo mismo que las blancas; los tonos claros pueden avivarse, diluyendo en el agua, una de esas bolas colorantes que se emplean para las batistas.

Las sederías oscuras se limpian con alcohol.



Las amigas y los amigos incógnitos



La norma esencial de esta sección está resumida en estas palabras anteriormente publicadas:

En MUJER no hay, ni habrá nunca nada equívoco, desentonado o reprochable. Estamos en un recinto familiar, donde el candor puede y podrá siempre circular libre e intacto. Aquí sólo se admiten «amigas y amigos incógnitos», y por supuesto dignos en todo momento de ser recibidos en este alegre, pulcro y honesto hogar de MUJER. La amistad puede ser entre lectoras o entre lectoras y lectores. Con cada 1.500 letras (o fracción) de comunicación hay que enviar cuatro cupones de lector o un cupón de suscriptor o dos pesetas en sellos. Por cada suscripción de un año se puede pedir doce cupones. Las suscripciones por semestre y trimestre no tendrán, en lo sucesivo, derecho a cupones.

Para ellas.—Nunca había tenido ni amiga ni amigo a quien confiarle mi pensar y sentir. Cierta vez la casualidad me puso al frente de una chica. Cambiamos cartas y postales; cartas que cualquiera, al leerlas, hubiera creído se trataba de dos amigos de la infancia. Tal era la franqueza.

Y un buen día (¿buen día?) la chica se «cansó», recibí su «aviso» y escribí la última misiva. Desde entonces he vuelto a mi vida de antes, sin nadie a quien abrir mi corazón.

Desconocida amiga: aquí me tienes, no necesito consuelo ni compasión; quiero tu simpatía para que me instigue hacia adelante y fortalezca mi espíritu para hacer frente al Destino. Yo te ofrezco lealtad y cariño. Si hay algo que estimes más, dímelo.—MIGUEL.

Simbad.—Tu amistad ofrecida tan sencillamente me llenó de alegría, pues creí que nadie se fijaría en las dos líneas que mandé a MUJER contra las niñas que andan sueltas por ahí, dándoselas de hombres. No te sé explicar por qué; pero siento una indignación cuando veo una de esas chicas...

Lo mismo te digo de los chicos esos que este verano, en Biarritz, les dió por llevar falda-pantalón y la camisa color de rosa; me hacían el efecto de un burro que quiere volar y no puede. Con todas estas cosas que te digo te vas a figurar que soy una joven anciana de cien años, con pelo blanco, que me paso la vida haciendo calca con un gorro de encajes en la coranilla y «les lunettes sur la nez», ¿no es así?; pues, nada de eso, soy una chica de diez y ocho años, con muchísima alegría y un corazón muy grande dispuesto a recibir tu amistad.

Y para que te enteres, aunque no te importe nada, te diré que soy trigüeña, que no soy fea y que tengo un tipo muy aceptable.

En cuanto a gustos, me entusiasman las flores, la música, los niños, la pintura, los animales y el campo; deportes también me gustan algunos; guiar montar a caballo y patinar.

Oye: ¿eres marino? Porque me acuerdo de cuando era pequeña que tenía un cuento precioso; se llamaba «Simbad, el marino».

Estoy encantada de que seas serio; es de las cosas que más me gustan en un hombre.

Si me aceptas por amiga, ¿me dirás tu nombre? Ya ves que yo firmo con el mío. ¿Me lo dirás?

Desde luego puedes contar con la franca amistad de — ANA MARÍA.

Desde que empezó la correspondencia de «Amigos incógnitos» deseé figurar en ella; pero, ya veis, hasta ahora no me he atrevido. Todas las demandas de amistad iban acompañadas de la descripción de una belleza, y siendo mi lema, sinceridad, ¿cómo iba a hacer yo mi retrato? Si hermosa, mentía; si del montón, me exponía a que no me contestáseis ninguno y entonces me dejábais más fea de lo que soy; pero el llamamiento de «Aviador» me ha infundido valor y aquí me tenéis.

Especialmente a ti me dirijo, «Aviador», para que puedas decir a tus amigos que las mujeres que presumen de hermosas es porque pueden, y las que no lo somos no nos avergonzamos de decirlo; ¿qué culpa tenemos de no serlo? Si algunas veces la vanidad nos ciega, y no lo reconocemos, no nos culpéis a nosotros, sino a quienes nos rodean. Unos porque el cariño les ciega, otros por hacerse agradables, el vil servilismo otras veces, y, en fin, muchas por decir algo, nos hacen dudar. Yo misma me he hecho muchas veces esta pregunta: ¿Qué interés pueden tener en decirme que soy bonita; si será verdad?

Creo que estarás satisfecho, «Aviador»; por mí tienes ganada la apuesta, y si así es escríbeme en MUJER diciéndomelo, para saber que también por las que nos consideramos feas se ganan apuestas.— AIRAM.

A Una Granadina.—Veo que en la Revista MUJER, del número 24, que podía haber figurado mi contestación a tu carta del número 23, no aparece, indudablemente por estar haciendo cola en el turno de antigüedad para su publicación. Hay que someterse.

Pero esto no impide el que, sin esperar la tuya, te siga dedicando mis recuerdos en demostración de que tu citada carta me hizo más impresión que una ducha a cero grados; pues desde aquel día padezco una erupción romántica que está constantemente buscando manera de exteriorizarse, y mira por dónde se cierran las puertas de mi deseo.

Ante todo, debo preguntarte, y espero me contestes francamente. No te molestará que te diga en broma las cosas más serias de esta vida y de la otra; pues dispuesto a mirarla desde un punto de vista ideal (mi ideal), si tuviera que forzarlo para someterme a convencionalismos, no merecía la pena el incógnito de nuestra amistad.

Mi carácter y modo de ser es muy incierto y nervioso, si bien serio y reservado. Es nervioso por temperamento, e incierto, porque no encontré quién lo fijara, y reservado, porque lo contrario no lo conceptuaría noble ni caballero, y ya sabes que mi Patrón es nada menos que el célebre Hidalgo.

En tu primera y hasta hoy única carta te encuentro lógicamente un poquitín desconfiada. Es muy natural que en la oscuridad se camine con toda clase de precauciones, y a demostrarte que sobre este punto puedes tener la más absoluta confianza encamino todos mis esfuerzos.

Tuviste la franqueza de decirme que las medias para los pies (valga esta figurita retórica). A mí la tal noticia me encantó, aunque te contesté sobre ello en broma, y supongo no te habrá molestado. Respecto a tu indicación de que la prosa de la vida en determinados casos es abrumadora, te diré, como mi heroico Patrón: *más vale no meneallo*. Ni por tí, ni por mí. Desde que en el Paraíso terrenal le dió Caín a Abel con la prosa de la vida en la cabeza (estando aquélla en forma de quijada de asno), hasta nuestros días, el mundo sigue y seguirá igual: rodando a más rodar, sin pararse. No vamos tú y yo a querer detenerlo para que no nos haga dar vueltas. Al contrario; busquemos una posición cómoda y tomémoslo a risa, y que siga dándolas como le plazca.

Fundado en esto, mi distinguida y estimada amiga, no te tomes pesares por haber mordido fruta áspera y amarga. La receta moderna y propia de los tiempos que corremos es la siguiente: Desinfección de la herida, alimentos ligeros y metódico ejercicio, clima de altura. Si el microbio del mal persiste, no dejar la desinfección, aumentando ésta en energía, y al paciente reforzarle los alimentos y distracciones, y si el microbio presenta aspecto virulento o epidémico, entonces..., en otra te diré lo que debes hacer; pues antes de darte tantos consejos a ciegas, deseo saber algo de ti.

Además, te contestaré a eso de tu egoísmo que te hace ser desgraciada. Esa lesión orgánica te la operaré.

Para terminar, te diré: Que me tienes bastante intrigado por aquello del humorcito y lo de irse del mundo, y otras cositas. Todo esto lo iremos examinando muy despacito.

Que no olvides a tu buen amigo—DON QUIJOTE.

A Aviador.—Tenga la bondad de decir a sus amigos que las mujeres feas sabemos que lo somos desde el momento que nos miramos al espejo, y si esto no fuera suficiente (que para mí sí lo es), bastaría observar un poquitín de conducta que para nosotras tienen la mayoría de las personas.

Ahora una pregunta:

¿Por qué a las feas se nos considera careciendo de inteligencia y de corazón? (Se exceptúan las favorecidas por la fortuna y las dotadas de extraordinario talento.)

No podemos manifestar nuestra admiración, nuestra simpatía a una persona del sexo contrario sin que ésta piense: ¿Qué se habrá creído este orangután con faldas? Que tiene mucho adelantado una bella fisonomía, no cabe la menor duda; pero ¡señores, que si una fea les dirige un saludo amable no lo interpreten como una declaración amorosa! Las feas sabemos que si alguna vez sentimos esta pasión tenemos que guardarla bajo siete llaves para evitar que se hagan frases a nuestra costa.

¡Ay... y qué descansada he quedado al soltar esto! Gracias, señor Aviador, muchas gracias por haberme proporcionado la ocasión.

Conste que no he usado borrador, y conste también que no le mando la pesetilla para la respuesta, porque con los diez y siete duros que ya ha ganado tiene para ochenta y cinco contestaciones.

Amiga, sí: prima, no.—FEA DOBLE.

Para Aviador.—No quiero que pierda usted los diez y siete duros que se ha apostado con su amigo, habiendo aquí una fea espantosa, que no tiene inconveniente en decirlo, y para convencerle haré mi retrato:

Mido cien centímetros de altura y peso ciento diez cuartos de kilo (diciendo así me parece a mí misma que soy más buena moza); tengo la cara como un limón después de sacarle el jugo, y sobre ella tal cantidad de pecas, que me estoy temiendo que las que vengan esta primavera armarán un gran cisco (de orujo) cuando se encuentren que no tienen dónde colocarse, so pena de ponerse unas encima de otras; el color de mis ojos no se puede precisar, pues es indefinido, pero en cambio tienen un modo de mirar que me vale el título de vizcondesa; los cabellos, a lo «garçon» son ralos; el único modo de poder peinarlos es dándome una pasta, compuesta por mí, a base de tocino y goma arábiga, gracias a eso están siempre brillantes; el tamaño de mi boca nunca lo he medido, baste decir que me digo recaditos al oído yo misma. ¡Ah!, se me olvidaba un pequeño detalle: al andar, tengo la misma gracia que un conocidísimo ex ministro.

Ya está hecho mi retrato; supongo que ni su amigo ni usted me pedirán relaciones.

Lo único que se me ocurre preguntarle es saber cuál es el origen de la famosa carabina de Ambrosio, pues no lo sé, y no hay cosa más molesta que hablar sin saber lo que se quiere decir.

En cuanto al importe de los sellos para las contestaciones supongo tendrá bastante con lo que le gane a su amigo.

Esperando su contestación queda una feísima, que a pesar de todo lo que usted dice, quisiera ser — FEA Y SIN NOVIO.



Para Juan Carlos.—Tengo miedo; miedo a que estas líneas pasen indiferentes ante sus ojos. Figúrese que desde que abrió MUJER la «Sección de amigas y amigos incógnitos», estoy pensando en lanzarme a buscar un amigo incógnito, y entre todos los que hasta ahora han pasado por esta sección, en ninguno he encontrado tanta afinidad con mis ideas como en lo que usted expone. Y ya que tanto me ha costado decidirme no quisiera equivocarme en la elección ni sufrir una pequeña decepción si no me contesta. Mi deseo sería poseer la exclusiva de su amistad, ser su única amiga incógnita, como usted había de serlo para mí.

De mí no le diré mucho; como no sé si aceptará mi amistad no quiero hacer pública mi personalidad, a pesar del incógnito. Tengo veintidós años; he tenido y tengo pesares, aun cuando mi vida se desliza apacible, sin grandes emociones.

Vivo en una ciudad del norte con mis padres, éstos algo severos para transigir con ciertas costumbres muy siglo XX, y huelga, por tanto, decirle que no soy «niña bien».

Amo los niños y las bellas artes sobre todas las cosas; soy muy mujer y por lo mismo muy femenina; pero sin gazmoñerías ni ñoñeces, y sacrificio gustosa la cabeza al corazón. Y no quiero terminar sin decirle que sus líneas me inspiran tanta confianza que, aun sin saber si seré correspondida, le ofrezco una amistad muy sincera y los tesoros de ternura y comprensión que guarda mi corazón.—V. M. DE S. S.

Para Aviador.—Me parece, simpático Aviador, que te vas a quedar sin las 85 del ala que tienes apostadas con tu amigo, porque no te va a contestar ni una sola fea (que se lo crea así). Yo, desgraciadamente, no soy de las guapas, de esas mujeres de revista americana, poseedoras de un premio extraordinario de belleza. No, yo no soy así, y, sin embargo, me creo lo bastante bonita para gustarte si algún día llegases a verme.

Bueno; ahora quiero preguntarte una cosa: ¿En qué consiste la belleza en la mujer? Me vas a contestar seguramente que Belleza (¡y con mayúscula!) es aquello que agrada a la vista, mujeres de rostro perfecto, de ojos que ¡ni la Zuffolil..., y te equivocas, simpático Aviador; ya sabes lo que dijo el poeta: «Tened miedo de aquellas que eclipsan siendo feas a las bellas».

Somos nosotras, las del montón, las poquita cosa; nosotras, las que tenemos poco que agradecer a mamá Naturaleza, y hacemos esfuerzos por ser bonitas, lo que casi siempre llegamos a conseguir, y de este modo..., ya sabes, algo le llega al que lo espera todo.

¿Me vas a contestar? Escucha, Aviador, quiero ser amiga tuya, ¿me aceptas? Yo te prometo que no uso borrador, y hasta si quieres te enviaré los cuatro cuponcitos para que me contestes.

Espero de ti que no te olvidarás de—ELISABETH.

Para Juan Carlos.—Por fin. ¡Qué alegría! En ti vemos un alma capaz de comprendernos, y al mismo tiempo tenemos la satisfacción de encontrarnos poseedoras de esa belleza espiritual, de esos sentimientos con que tú quisieras ver adornada a la mujer que sueñas. También nosotras vemos en ti un verdadero hombre, que sabe apreciar en la mujer lo mejor; esto es, el corazón; más que la materia, el espíritu. Estamos muy contentas de haber encontrado alguien que tuviese sus pensamientos gemelos a los nuestros. Nosotras somos dos mujercitas de veinte años, ¿bonitas?; no es a nosotras a quien toca decirlo. Además, ¿para qué? Solamente queremos hacerle la fotografía de las almas que tenemos, que son muy puras y muy grandes.

Nada de «ñoñas», nada de «niñas bien» y menos «mujer marimacho». ¿Tenemos coquetería? Sí. Como tú, no comprendemos una verdadera mujer sin ella, pues creemos una obligación lucir nuestros encantos.

Sin ser nada románticas, somos un poquitín soñadoras. Amor a la naturaleza, a los pájaros, a las flores; ¿qué mujer buena no lo amará? Poesía, música, que sabe hacer al corazón llorar o reír..., y sobre todo, el hogar que soñamos, que formamos allá en la imaginación, compuesto de un hombre a quien ya, sin conocer, adoramos y que lo sea «todo» para nosotras; de unas voces infantiles que como campanitas repiquen a gloria y que estrechen los lazos del cariño...

Ahora, Juan Carlos, que nos conoces: ¿Aceptas nuestra amistad? Creemos que no te pesará. ¿Quieres alegría y consuelo? Seguramente te lo sabrán proporcionar.—DOS ALMAS DE MUJER.

Aviador.—Leo en el número 24 de la Revista MUJER tu carta dirigida a las «Mujeres feas» solicitando una amiga, y para demostrar a tu amigo que «las feas también tienen su corazoncito», te contesto aceptando encantada tu amistad, si es que no tienes miedo al *coco*. Confío me contestarás, pues reúno las condiciones precisas que impones, y además supongo que mi contestación te producirá la satisfacción de ganar la apuesta de tu amiguito, pues así verá que no somos tan vanidosas como él cree.

Si tengo la alegría de que me contestes, pues creo no me dejarás más fea, aunque te advierto que soy un rato largo, comunícame tus impresiones, alegría y penas, y yo, en mi próxima, haré lo mismo, siempre tomando por lema la sinceridad y franqueza que es la base de una buena amistad, la que deseo vivamente encontrar, ya que no me ha sido posible hasta ahora tener un verdadero amigo. ¿Lo serás tú, incógnito «Aviador»?

Mi retrato no te lo hago, porque para qué asustarte; sólo te diré que no soy «niña bien», aunque sí una mujer muy moderna, pero que no me agradan las cosas que llaman por mal nombre «bien» y yo encuentro «muy mal»; pero esto no quiere decir que sea gazmoña, muy por el contrario; me parece muy bien la emancipación que la mujer tiene actualmente, y soy muy amante de la lectura y la música, entusiasmándome lo desconocido e imprevisto que tiene la vida lo que nos hace olvidar por un momento la monotonía de ella.

Con impaciencia espera tu contestación la que desde hoy te brinda una sincera amistad.—UNA PEQUE DE TRIANA.

Señorita Claridades.—¿Se ha enterado usted con lo que nos descolgamos ahora? De modo que el buen Polín empieza por insultarnos llamándonos hipocritonas, y luego tiene la pretensión de creer que le admiramos y veneramos.

¡Hasta dónde llega su osadía!

Pero nos daremos la mano, ¿verdad, amigas mías?, para hacerle ver que está en un error.

Me dirijo a todas las que entonces salimos en defensa de lo que él llamaba cursi, y en particular a ti, amiga Señorita Claridades (¿permite que te llame amiga y te tutée?), que aunque en tu contestación de núm. 21 decías que careces de capacidad literaria, y alegabas tu modestia (que a mi juicio es más lo último lo que te retae), ahora tienes obligación de dejar a un lado esas cosas, y decir a Polín que es un iluso al pensar que es como nosotras «le deseamos».

Yo, por mi parte, le digo desde aquí que me gusta el baile «una burrada»; pero de eso a ser la mujer que lo mismo conduce una moto, que da un directo o te trabaja el estómago, hay un abismo.

Mi enemigo Polín, *nunca* seremos buenos amigos, tenemos muy distinto modo de pensar. Usted admira a Rodolfo Valentino, a mí no me gusta ni una miajita, pues presume de bonito, y para mí los niños bonitos están demás. También dice que los ideales de hoy son positivos, no todos, pues tengo el mío, como supongo tendrá toda muchachita a los diez y nueve años. Así es que no coincidimos.

Y perdona, querida amiga, que esta carta que va dirigida a ti haya abierto un paréntesis para hablar con Polín. Ahora a ti te toca contestar y decir a ese caballero todo lo que tu modestia te permita.

Pero estoy viendo que entre todas lograremos que se le pongan los ojos color «pardo chaqueta teñida», que es el que se le pone cuando no se aburre; y la verdad, no me agradaría mucho.—R. L.

MUJER agradece una vez más a sus entusiastas amigos los elogios y felicitaciones que le prodigan, y les recuerda que la mejor manera de probar su afecto y de ayudar a nuestros esfuerzos, es suscribirse, y procurarnos nuevas suscripciones.

Recordamos también que a nuestros suscritores por un año LES REGALAMOS LIBROS, CUYO IMPORTE ES MAYOR QUE EL PRECIO DE LA SUSCRICION.

A Doctor.—Buscando un amigo en esta Revista, me ha interesado usted grandemente al verle tan desengañado de la vida, cuando precisamente en la condición de usted es cuando el hombre debe pensar en el amor. ¿Se cree que es demasiado tarde? Al contrario, puesto que para completar su obra es lo único que le falta. Pues si pensarán todas como yo, el hombre no debería casarse hasta próximos los treinta, que creo es cuando llega a querer verdad (por lo menos, esa es mi opinión). Conque adelante y no se desanime, y si no, aquí estoy yo, que soy capaz de animar a un muerto. Pero soy ambiciosilla y, como otras, quisiera ser la única amiga, pues si ha de corresponder a otras, me voy a morir de impaciencia, puesto que hay que guardar turno con los sellos.

¿Me aceptará? Mire que soy capaz hasta de casarle, sin ser cura. Su incógnita amiga—VIOLETA DEL BOSQUE.

A El Príncipe que busca la felicidad.—¿Cómo no descubrir, Príncipe, en tus maravillosos renglones, las tribulaciones psíquicas que te apesadumbran, si, aunque conducidas por opuestas sendas, adivino a las mariposas que son nuestras almas, posadas en la misma rosa de ideales?

Lamentaría, y por eso solamente hago un ligero esbozo de mi carácter, que el tiempo dedicado a tu egoísmo te impida tomarme en la consideración que, te aseguro, merezco (como verás, no tengo un ápice de esa hipocresía tan mal llamada modestia). Pero te prometo que en sucesivas epístolas —si tienes a bien contestar a ésta— te abriré, siempre que obres tú del mismo modo, mi alma, convencida como estoy de que se ha de hermanar a la tuya...

Creo que al hablarse con careta, el *tuteo* se impone... ¿No opinas tú lo mismo?—LLAMA DE ILUSIÓN.



A Juan Carlos.—Soy lectora de MUJER, y veo que desea usted una amigueta que le escriba para ver si se alivia de un mal hondo que padece; dé gracias a Dios, que me parece que encontrará usted alivio si sigue los consejos de esta *doctora*, pues en cuestión de penas es muy ducha, porque ella ha sufrido mucho. Si acepta mi amistad, tengo la seguridad que sabré comprender lo que usted me diga; creo como usted que teniendo pocos años se tiene poca experiencia, y, por lo tanto, no se pueden comprender ciertas cosas; pero más que los años hacen las circunstancias, pues los desengaños y los reveses de fortuna enseñan tanto... Para que se haga una idea de cómo es su nueva amigueta, le diré lo siguiente: moralmente coincidimos en todo, pues yo también prefiero la hermosura del alma y las ideas elevadas a la belleza física; claro que un mamarracho no me gusta, pero en caso de apuro transijo mejor que con un *lila*.

Físicamente le diré que, puesto que usted no es exigente, resultado regular: blanca, ojos castaños, pelo ídem oscuro y labios muy grana (pero sin pintar), alta, ni gruesa ni delgada, proporcionada para mi estatura, dicen que tengo buen tipo; años, ya no soy una niña (es decir, en el fondo, para algunas cosas, sí), pues soy mayor de edad; mi genio es alegre, sobre todo en familia, y me pasa lo que a los chicos pequeños, que todavía hay lágrimas en mis ojos por una pena y ya me estoy riendo por cualquier cosa. A propósito de los niños, me gustan mucho; mi ilusión, si me caso, será tener hijos, pues creo que siempre es el lazo de unión en un matrimonio.

Creo que puede usted encontrar otra muchacha que le sepa pintar las cosas con mejores colores que yo, y, por lo tanto, resultará su carta más bonita, pero con más franqueza y con más corazón que yo, *eso sí que no*. Yo tengo grandes deseos de tener una buena amistad; una persona que también me sepa comprender, me consuele y anime, pues me hace mucha falta. Así que si le soy simpática, espero que me conteste pronto, y le voy a pedir un favor: Si se decide a contestarme, que sea a mi sola, ¿eh?, pues yo también escribiré solamente a usted. Siempre fui sola y no me gusta un tercero en nuestra amistad. Soy exigente, ¿verdad?; pero si exijo no me importa que me exijan a mí; claro que en el terreno de amigos se pueden tener varios, pero prefiero uno bueno para seguir sus consejos.

En espera de su contestación, le envía un apretón de manos una—**HUERFANITA**.

A Mari-Nel.—Mi muy querida *Nesca*:

He sido favorecido por la suerte, y al triunfar sobre mis simpáticos rivales humildemente he de pedirles mil perdones al robarles la felicidad que mi incógnita amiga Mari-Nel lleva dentro de sí por la exquisitez de sus pensamientos y por el no sé qué que se desprende de las para mí lacónicas manifestaciones. Perdón, señores, «A. Madrileño» y «Dick», y admitid mis sentimientos de compasión.

Me pones en un aprieto, querida Mari-Nel, al pedirme referencias de mi persona, porque tengo por costumbre no mentir nunca, y sobre esta base, ahí va mi retrato:

Soy moreno; estatura 1,702 m. He soñado contigo, con una persistencia hasta ahora no sentida. Soy de Navarra. Las mujeres dicen que tengo un tipo arrogante. Soy un poco duro con los hombres y corto de genio y muy cariñoso con las mujeres. No tengo más vicio que leer y escribir con exceso. Tengo muy mal concepto de los hombres y rindo siempre pleitesía ante la mujer, que siempre deberíamos colocarla en un altar. Siempre llevo limpios camisa, cuerpo y alma.

Me pides que te diga cómo me figuro que eres tú.

Mi ilusión te forja de buena estatura, porté distinguido, pensamientos sanos, hacendosa y queriendo mucho a los tuyos. ¿He acertado? Con toda franqueza he de confesarte que preveo las grandes envidias que va a despertar nuestra amistad, la cual puede transformarse en algo más íntimo.

Sóñar, soñar y soñar hará hasta conocerte tu—**KARRICALUCHE**.

A Mari-Sol.—He recibido hoy su contestación con la alegría que puede suponerse, por lo que le quedo agradecido.

Lamento, ciertamente, la equivocación que he sufrido al suponerla rubia, siendo, por el contrario, su pelo como el azabache. Pero, ¿qué le vamos a hacer? Equivoquéme, y mi lamentación no es por el error experimentado en mis dotes de brujo (?), sino por el enojo que a usted haya producido al suponerla del pelo de Monina, y no negro. No fué, en parte, culpa mía, sino de la Naturaleza. Y dirá usted: «¿Pero qué tiene que ver la Naturaleza con que usted se equivocara?» La tiene, y lo va a saber en seguida.

Yo, en efecto, he estudiado algo de alquimia y entiendo regular de compuestos que llaman «de brujerías», y que, en honor a la verdad, no lo son. (Esta es mi opinión, y creo que también la de usted, ¿verdad? Porque supongo que no me dejará más feo que soy al enjuiciar este *mi* aserto.) Pero he aquí que, como digo antes, la Naturaleza me fué infiel, pues yo, que la vi, Mari-Sol, tal y conforme *mis compuestos químicos* me la presentaron, por ser pequeño no alcancé a ver bien su negro cabello, su suave y hermosa melena de pelo.

Pero, en fin: ¡pelos a la mar! (Digo pelos, y no *pelillos*, porque desde que este dicho fué conocido ya habrán crecido los susodichos *pelillos*.) A mí me gustan mucho las de pelo negro, como igualmente me gustan las *castañas*.

Yo, como dice en su última (¿y usted, es sibila?), soy moreno...

(Perdone un momento, pues me es sumamente imposible decirle de qué color tengo las cejas y pestañas sin el auxilio del espejo. Ya delante de él me veo todas mis facciones. Color, moreno; pelo, oscuro; cejas y pestañas, del mismo color; ojos, negros y expresivos; nariz, larga; boca, grande y de labios gruesos; manos y pies, pequeños, y de estatura más bien pequeño que regular, pero con bastante simpatía. ¡Viva mi abuela!)

Y ahora un ruego: ¿Le puedo llamar a usted tres veces sibila? ¿Sí? ¡Sibila, sibila y sibila! ¡Eso sí que es adivinar! Parece como si se me hubiera perdido un retrato con mi seudónimo y usted se lo hubiera encontrado. Es coincidencia que nosotros nos hayamos conocido sin ser *conocidos*. Esto me hace pensar en que en nuestra manera de ser también hemos de tener bastante analogía. Y voy a darle algún detalle de lo que me ocurre en el «mundanal ruido» con los seres de su sexo.

Por ser pequeño, y por añadidura feo, parece que me gustan las mujeres más que a los turcos, y tengo unas ganas de casarme más grandes que la torre Eiffel. Bueno; pues todas me dicen que NO; ¡pero que ninguna se equivoca! No parece sino que se han puesto de acuerdo todas para que sea célibe *por los años de los años*. Yo no exagero, aunque soy andaluz, y digo: *por los siglos de los siglos*; a más de que sé que me voy a morir pronto, pues de tanto querer sin ser correspondido se me va arrugar el corazón, y después la camiseta, camisa, chaleco y americana, y después los pantalones (la arruga de los pantalones me importaba poco: podían planchárme los), y, en fin, hasta que, sin morir, desapareciera de este mundo.

¿No sería una lástima, mi simpatiquísima amiga Mari-Sol, que se quedara España sin—**HUMOR**?

Al Capitán... Veneno.—No me dirás que no soy valiente. ¡Ahí es nada! ¡Escribir a un militar a quien él mismo se califica de veneno! ¡Qué miedo!

Tú escribías el día último de año; bueno, pues ese mismo día pensaba yo: «Si viniese en MUJER alguna carta de chico solicitando amiga que fuese simpática contestaría». Pero no me ha gustado ninguna. Ayer, en el número 21, vino la tuya y me decido a dirigirme a ese capitán terrible que no quiere decir si es alto o bajo, guapo o feo, etc., etc. No te pongas tonto y dime cómo eres. Aunque fueses una completa birria (que lo dudo) me gustarías para amigo.

Yo voy a darte mis señas espirituales y físicas: soy buena, muy buena; me gusta, ante todo, la franqueza y odio la mentira. Físicamente, te diré con mucho misterio —¡no se lo cuentes a nadie!— que estoy contenta de mí misma. Tengo cabellos rubios y ondulados (en mi vida me he puesto papillotes ni me he metido una tenacilla; llevo tirabuzones; mis ojos son azules y tan grandes como las gafas de aviador de Boy; mi tipo..., colosal y, sobre todo —ya lo habrás notado—, una modestia «encantadora».

¿Me vas a contestar? Coge inmediatamente la pluma y ponme una carta kilométrica.

¿De dónde eres? Yo, de Madrid.

¡Ah!, se me olvidaba: yo quiero tu amistad para mí sola. ¿Es egoísmo?... No; son unos deseos muy grandes de tener un amigo «mío», mío nada más. Si aceptas, vamos a simpatizar mucho, ¡ya verás! Si no, darás un disgusto a—**ROSA-LUZ**.

Liria Erdotanc.—¿Quieres (y perdona el tuteo) tener con quién charlar de Galicia? Yo me pongo a tu disposición encantadísima de que me proporciones ese placer.

Pides una persona gallega. ¿Te conformas con que, si no de nacimiento, lo sea de origen? Yo no nací en Galicia; pero descendo de tan encantadora tierra, y quizá por heredarlo de mis antepasados o porque Galicia se hace querer de quien la conoce, me entusiasma todo lo suyo.

Te ruego me digas si te agrada la charla conmigo y también si (en caso de que me aceptes) te parece bien que invitemos a algún «morriñoso» galleguino a ayudarnos a «falar d'a terriña meiga». (Qué raro que dos mujeres pidan a un hombre ayuda para hablar, ¿verdad?).

Me eres muy simpática por coincidir conmigo en lo referente a Galicia.

Te saluda y desea ser tu amiga.—**MARUXIÑA**.

Para Boy.—Chico: no sé cómo te atreves a suponer que no te escribiría ninguna chica con lo simpatiquísimo que debes ser tú; te escribirán tantas que pasarás los ojos indiferentes por estas líneas. ¿Eres de veras aviador? ¡Con lo que a mí me gustan!

Por ahora no te digo más que soy Madrileña (así con mayúscula) y muy alegre; si me aceptas te diré cómo soy, como yo espero tú me lo digas también.

Espera impaciente tu contestación ésta que te envía un apretón de manos.—**PERLA BLANCA**.

CUPÓN DE LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCÓGNITOS

Con cada comunicación destinada a LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCÓGNITOS debe enviarse cuatro cupones como éste. La comunicación se publicará, o no, íntegra o parcialmente, según el criterio de la Dirección. El hecho de hacer uso de este cupón, supone la renuncia a toda clase de reclamaciones.



Simpáticos lectores de esta amena Revista: ¿Será alguno de vosotros tan amable que quiera sostener correspondencia con una muchachita de veintiún otoños?

No quiero describiros mis defectos físicos y morales, porque no sé todavía si existirá quien quiera ser mi amigo incógnito.

¿Os fijaréis en estas pobres líneas, o pasaréis los ojos indiferentes por ellas?

Si alguno tiene la gentileza de escribirme, no creáis que me voy a fijar en el físico; lo mismo me da que sea rubio o moreno; alto o bajo; gordo o flaco; incluso que tenga bigote..., puesto que no nos hemos de conocer nunca. Lo que sí me gustaría es que fuese mayor que yo; porque así, si me veo en la precisión de pedirle un consejo, creo que mejor me lo podrá dar un amiguito de veinticinco o treinta años, que uno de diez y ocho. ¿No os parece?

En cuanto a la parte moral, eso ya es otra cosa. Me fastidaría en extremo, mejor dicho, no podría sostener amistad con uno de esos niños que, en su lenguaje, las palabras «bestial», «jamón», etcétera, son las preferidas.

¿Os parece que soy exigente? Yo creo que no. ¿Verdad, amiguitos?

Pero ¿diréis lo que estoy temiendo? Pues es muy sencillo: temo que me vais a encontrar un poco «latosa», y, ¡ay!, lo que es peor, que no me vais a hacer caso, y con ello daríais un gran disgusto a—FABIOLA.

Para Carlos Enrique.—Sin ser bonita y sin tener pizca de talento, me atrevo a pedirle una poca de amistad.

Su seudónimo me trae muy gratos recuerdos, y, además, siendo yo cristiana, es mi deber hacer una obra de misericordia.—UNA VIOLETA DE VEINTE ABRILES.

Liria Edortanc.—Tú, que debes ser un lirio, ¿me negarás tu amistad? Puedo llenar las formalidades que en tu comunicado dices. Yo también siento como tú cariño grande a Galicia y soy gallego. ¿Adónde te fuiste? ¿Hace mucho que marchaste de Galicia? Espero tus preguntas y cuento con tu amistad.

Tuyo.—LUIS MARÍA.

Corazonciño triste por causa de... ¡Miña santiña! Tú no vives en Galicia, ¿verdad? Pues aquí tienes un galleguño que se da por ti aludido, y eso que no dices: «A todos y a los gallegos también.» ¡Pero el seudónimo!

¿Serás capaz de negarme tu amistad?

No tengo novia; tengo veintiún años y pico y no cedo participaciones ni en Navidad.

Tu nombre me lo figuro. El mío es muy vulgar, pero es de primera y hasta de primero. No creas al leer esto que soy amigo de hacer jeroglíficos, ¿eh?

Mi amiguña, pues cuento con tu amistad; he de hacer lo posible por que varíes o alegres al menos tu seudónimo.

Tu—CORAZONCIÑO CASCABELEIRO.

Flor de Galicia.—Aquí hay un galleguito formal y que vivió en Pontevedra y casi en Redondela.

Como puedo ser «teu amiguño», pues cumplo tus condiciones; sólo esperó me des tu consentimiento. Si así lo haces, dime si eres «paisaniña» y algo de tu físico para que me haga una idea de cómo eres y también tu edad.

¿Vives por acá? Si no vives en esta «terra meiga», te acompaño... en el sentimiento.

Adiós, toyiña teu.—XAN D'OUTEIRO.

Betty.—Querida amigueta: hasta ahora todas las chicas a quienes he preguntado su opinión sobre las mujeres de hoy día, me han contestado, poco más o menos, como usted, advirtiéndola que muchas de ellas llevan abrigos sastre, el pelo a la garçoné y que juegan al fútbol. Por lo cual, he pensado que la mujer sigue siendo ahora igual que hace mil años, y que lo que cambia no es ella, sino la moda, que ha impuesto de toda la vida su santa voluntad.

Lo de las pinturas es más pasable, forman parte de la mujer, ya que de toda la vida se ha pintado. Y no veo el mal cuando se hace con arte y sin que se note. Y cuando, como usted dice, llevan las mejillas como tomates y los ojos como carbones, no es para favorecerse, es como quien lleva un adorno.

Por lo menos esto es lo que piensa su incógnita amiga.—ANA MARÍA.

Una chiquilla todo corazón desea tener un amigo incógnito.

Un amigo a quien poder pedir consejo, igual que él me consulte a mí, o sea un amigo-hermano; ¡debe ser tan agradable!; nunca tuve amigas por creer que la verdadera amistad y el verdadero cariño no existe, como no sea el cariño fraternal, y como estoy cansada de consultar a mi hermana-amiga, por eso solicito un amigo incógnito. ¿Encontraré entre los lectores de la simpática Revista MUJER alguno que quiera ser mi único amiguito? ¡Me da pena pensar que no que de ninguno!

Como soy muy impaciente desearía fuera miércoles otra vez para saber si hay alguno de vosotros que piense un poco en—CORAZÓN.

Para Juan Carlos.—Hacia bastante tiempo que deseaba to-

mar parte en esta sección, pero no sabía qué hacer, si anunciar mi deseo como hacen muchas o escoger un amigo de los que se ofrecen para ello. Al fin me he decidido por lo último. Y me he decidido por lo último porque su carta de usted me ha sido excesivamente simpática, y al serlo la carta es indudable que usted lo será también. ¿Verdad que sí?

Seguramente habrá más de una que le ofrezcan su amistad; veremos cuál elige usted de entre todas. Desde luego, de ser yo, la verdad, no me resultaría que usted tuviese «otras» amigas.

Pero me explicotearé. Usted puede tener todas las amigas que... le dé la real gana. Me refiero a que en esta sección no tendrá correspondencia con ninguna otra. ¿Soy egoísta? Aunque su pena sea muy amarga y muy honda, estoy seguro que para mitigarla basta una buena amiga que le consuele. A no ser que sea su penita un «monstruo». Entonces...

Varias han sido las causas que me han inducido a dirigirme a usted. Ante todo, el que esté usted cerca de los treinta. Eso me ha animado mucho. Yo deseaba, justamente, un amigo de esa edad. Odio los «pollos peras» y los «niños goma». Claro que usted con treinta no puede ser «niño» (esto es una bromita, ¿eh?). Y sobre todo, su opinión sobre la mujer. Yo lo que digo es que mientras sea para embellecerse, ¿por qué no usar todos los meringotes que se puedan? Desde luego, para embellecerse; no para ponerse hecha un adefesio horrible. Pero hay una cosa que me desilusiona por completo. Usted desea que su amiga tenga más de diez y ocho años, y yo hoy, precisamente, día 6, los cumplo. ¿Será esta una causa para que usted no me opte por amiga suya? Esto me da un poquitín de pena; pero no creo que una mujer con diez y ocho años no sea capaz de animarle. En fin, usted decidirá; pero temo que por esta causa no sea yo su preferida.

Por hoy resulto demasiado cargante; en otra (si aceptas) te hablaré un poquitín de mí, aunque no te importa mucho el físico. Yo no sé lo que ven en mí todas mis amigas, lo cierto es que todas me piden consejos como si yo estuviera ducha en las materias de... Cupido. Pero lo cierto es eso, y yo a todas dejo complacidas. Por eso te digo (y perdona el tuteo, pero entre verdaderos amigos, si lo llegamos a ser, no cabe otra cosa) que a pesar de mis diez y ocho años sabré mitigar tus penas por muy hondas que sean. Si aceptas, me dirás algo para yo figurarme tu personilla. La mía es bien insignificante.

He adoptado el nombre de la artista porque mis amigas se empeñan en que tengo parecido con ella; yo, en cambio, aseguro que no; como no sea en el pelo, no creo parecerme en otra cosa.

Mientras tanto espera y se desespera—BETTY COMPSON ANDALUZA.

Monina.—¡Con qué alegría he leído tu respuesta! Pensé que no me contestabas. He vislumbrado completamente tu pequeña tragedia sentimental, tal vez el paso que has dado —que nosotros comprendemos perfectamente— haya servido para aumentar en él la necia vanidad de que estamos poseídos los hombres; si crees que no te ha sabido comprender procura olvidar, pues si él tuviese la suficiente comprensión, notaría que una muchacha tan inteligente como lo eres tú no se encuentra corrientemente. Yo, como tú supones, estoy enamorado; pero mi amor es algo imposible; es una ilusión imaginativa. Mi cerebro ha creado una mujer completamente idealizada, que dudo que exista materialmente. ¿Qué consuelo me puedes dar? No te pregunto ningún detalle físico ni te los doy míos. ¿Para qué?, si no nos hemos de conocer jamás. Será mejor que nos creamos mutuamente perfectos, dejando volar nuestra fantasía.

Adiós, querida amiga, hasta tus próximas confidencias, que espera con ansia—UN ENAMORADO.

Amigos incógnitos.—He leído en la simpática revista MUJER, de la que soy suscritora, la sección de los amigos incógnitos.

Deseo tener un amigo incógnito; pero que tenga de treinta y cinco a cuarenta años; un hombre con experiencia de la vida que sepa aconsejarme y consolarme si alguna vez tengo penas y se las cuento. Si alguno acepta puede dirigirse a—MUJER INCÓGNITA.

Amigas incógnitas.—¡Dios sabe cuándo veré mis líneas en letras de molde...!, pues para que esto llegue a la corte tiene que hacer un viajecito un poco largo.

Hace tiempo que estoy pensando escribir en esta simpática revista, pues me parece muy interesante tener correspondencia con una muchacha a quien no se conoce; pero hasta hoy no me he decidido por miedo de que la que se fije en mí no me agrade y tenga que cortar, pues ante todo deseo sea formal y escriba siempre lo que el corazón le dicte; que no tenga melena, sino que lleve tirabuzones. De este modo me acordaré más de «ella»... ¿Soy muy exigente...? Creo que no. Por lo tanto, a ver si escribis pronto a un—ALFÉREZ.

Miguel Angel.—Aquí hay una moceta andaluza con un corazón la mar de grande, y que está dispuesta a ser tu amiga y quitarte esa tristeza que tienes.

No tengo melena, pero soy morena. ¿Será esto un inconveniente para nuestra incógnita amistad? Espero que no, pues no todas las morenas son iguales.

¿Me contestarás?—PERLA BLANCA.



A todos los lectores de MUJER.—Entre vosotros, mis incógnitos amigos, ¿hay alguno que quiera sostener conmigo charlas sobre literatura y cinematografía...? Soy una chica entusiasta del arte de la pantalla y de las letras. Si queréis, hablaremos de películas, novelas, poesías, etc. He leído bastante y conozco a casi todos los autores españoles, franceses y algunos ingleses y alemanes. Yo espero que en estas páginas de MUJER encontraré una buena amiga o amigo que quiera palique con—ANITA STEWART.

A María Aurora.—¡Qué alegría me dió al leer tus amables líneas! La verdad es que ya desesperaba de que me contestases; así que cuando leí tu respuesta, pensé en seguida en escribirte y contactarte muchas cosas; pero... tuve que recoger los cuatro cuponcitos, y apenas he podido disponer de ellos... ¡Aquí me tienes!

¿Que si me gusta leer? Demasiado; sí, demasiado, esa es la palabra, puesto que en mí es ya una especie de fiebre, y siempre estoy buscando libros nuevos. Me gustan muchos autores: Palacio Valdés, F. Oliver Curwood, B. Ruk, Dolly, G. Chantepleure y muchos más. A mí, como me gusta tantísimo la lectura, me gustan casi todos los buenos autores. ¿Que si escribo? En el número 19, MUJER me publicó una «cosa», y con otro seudónimo, que es compuesto y son una M y una N. Me gusta muchísimo escribir; pero nunca pude hacer nada proponiéndomelo; tiene que ser venirme una inspiración y escribirlo en seguida.

¿De qué tierra soy? De la más bella, para mi gusto; en el número 24 hacen su elogio. ¿Tú andaluza? Me gustan mucho las andaluzas, y es la región que me gusta más luego de la mía.

¿Eres tú la que dirigió una salutación a Tristán? ¿Tienes amigo incógnito? ¿María Aurora es tu verdadero nombre o seudónimo? ¿Mis gustos?, leer, escribir y el campo me encantan y los paseos por la sierra con un «blok» y un lápiz para escribir mis impresiones.

Espero que me digas cuáles son los autores que prefieres y los títulos de algunas novelas que te hayan gustado.

Dime, María Aurora, ¿sabes francés? Si me conoces en mi otro seudónimo, dímelo, y dime tu opinión sobre lo escrito por mí y sobre lo que «a mí me escriben»; en cuanto a ti, tus escritos, me permitirás decirte que eres un hacha, aunque a mí no me gusta emplear el léxico modernista. Me parece, querida amiga (nuestra amistad es cosa hecha), que ya hay bastante, y no tardes en contestarme, pues ya espero con impaciencia tu carta.

Te quiere y besa—MARÍA DE LAS MARAVILLAS.

Si yo quisiera...—Bueno, lo que quiero es un amigo incógnito por medio de esta simpatiquísima revista que se llama MUJER. ¡Mujer! Cuantas cosas encierran estas cinco letras que pueden ser: simpatía, ilusión, alegrías, penas y amor. También podía ser estas cinco cosas: buscar un amigo desconocido, llegarlo a tener, conocerse, simpatizarse, y por último, llegar a amarse, y todo se termina con el «amor». ¡Eso es lo que yo quisiera! Pero que no llegara, porque ninguno se fijase en la mascarita que se esconde debajo del antifaz—SI YO QUISIERA...

A Sergio M. C.—Amigo, encontraste lo que querías: una mujercita española que, al leer tus líneas, ha sabido adivinar en ti un corazón muy grande y unos sentimientos muy nobles. ¿Ves? Tú desconfiabas que hubiera quien te contestase, y a mí, por qué no decirlo, me has sido simpático y quisiera ser para ti el alivio de tu pena y el rayito de luz que vaya a inundar tu alma de alegría.

¿Aceptarás por amiga a—CORAZÓN DE ESPAÑOLA?

A Frigorígeno.—Aquí estoy yo dispuesta a tener contigo correspondencia por esta simpática revista, si así lo deseas.

La única condición que pido es que tu amistad no sea repartida; quiero sea exclusivamente mía.

Tengo diez y siete años, soy quizás demasiado joven para ti; pero tu edad ha sido lo que me ha movido a escribirte, pues tengo poca experiencia del mundo y quisiera tener un amigo que me guiará y me diese buenos consejos.

Soy alta, delgada, buena figura (según dicen), pelo castaño claro a lo «garçon» y ojos oscuros y expresivos.

Me gusta mucho bailar y divertirme, pero no creas por eso que soy una niña «fruta», pues éstas son incapaces de querer, y yo creo que cuando tenga novio le he de amar sobre todas las cosas.

Tengo un miedo loco a que me des calabazas, pues serán tantas las que te escriban que no te fijarás en estas líneas mal trazadas de tu amiga que, si quieres, lo será de todo corazón.—SIN EXPERIENCIA.

Para Igueldo.—¿Dudas que pueda quedar una buena amiga para ti? Pues aquí la tienes; es decir, si tú no me desprecias. Puedes estar seguro que seré sincerísima y muy constante. Me he decidido a escribirte, pues me has sido extraordinariamente simpático.

Si admites la verdadera amistad que te ofrezco, dime cómo eres, tus gustos, qué estudias y la edad que tienes y yo te lo diré también. ¿Me contestarás?

Espera paciente—«FLOR DEL DURAZNO».

Simpático amigo Gustavo.—En el núm. 24 de MUJER he leído tu deseo de encontrar una buena amiga para endulzar tus muchos pesares. Aquí hay una dispuesta a ello; pero ante todo, te

exige que en tu siguiente carta estés más alegre (eso contando con que me aceptes).

Ya verás que te tuteo; pero es que yo opino que entre buenos amigos debe existir la mayor franqueza.

He deseado muchas veces escribir a esta sección; pero nunca me he atrevido a ello, pues no creía me contestarían; pero hoy al ver tu carta, me ha dado mucha pena pensar no tienes una amiga verdadera. Ya verás como pronto estarás alegre, muy alegre, porque así te lo asegura, y se despide hasta tu próxima que espera con verdadera paciencia—DOÑA ALEGRÍA.

¿Quién de los simpáticos anónimos quiere tener amistad con esta extremeña?

Esta sección me ha gustado un horror; pero hasta ahora no me he decidido por miedo a que no me contesten.

Para que os hagáis una idea de cómo soy daré algunos datos de mi persona.

Tengo diez y seis años, rubia con ojos dorados, más bien alta y delgada, el carácter muy alegre, mucha afición a la lectura, al baile y al «tennis», la peluca a la «garçonne» (sin ser niña bien), y encantada de tener una amiga o amigo incógnito. ¿Tendré plan?

Un apretón de manos por anticipado a quien acepte la amistad de—NITA.

Corazoncillo triste por causa de...—He leído tu carta publicada en el número 24 de *nuestra* (?) simpática revista MUJER, y me permito escribirte en la seguridad de reunir condiciones que exiges y en la esperanza de que me aceptarás.

Hasta tanto que no pueda estar seguro si me aceptarás o no, me permito «reservarme».

Deseando me complazcas besa tus pies—FERNANDO-JOSÉ.

Para un aviador.—¿Que no hay quien le conteste porque no se crea fea? Pues aquí tiene una que lo es, y le dirige estas líneas para que gane su apuesta—UNA CONVENCIDA.

Para Juan Carlos.—Hace tiempo quería pertenecer y figurar en esta página de la simpática revista MUJER, pero nunca me decidía a ello.

Ayer leí su comunicación y me gustó su manera de pensar, muy de hombre, que es lo que a mí me gusta, y como hoy hay muy poquitos me gustaría tener un amigo que lo fuese, lo mismo que a usted le gustará tener una amiga, muy mujer. ¿No es eso? Pues aquí la tiene, soy una mujercita en toda la extensión de la palabra, lo mismo en manera de pensar que de ser, de tipo y aficiones completamente femeninas.

✱ Nací en el Norte, pero desde niña, aunque he viajado mucho, vivo siempre en una provincia andaluza.

Si me contesta, ya le contaré mi tipo y mis aficiones; una de las mayores, el hogar y la familia.

Un saludo afectuoso de—UNA MUJERCITA SERIA.

A Fausto Lirio.—Ante todo, mil gracias por su amable contestación...; pero tengo una duda. ¿Será a mí a la Esperanza que contesta?

Le daré algún detalle, y le agradeceré que si su contestación no era para mí me lo diga con entera franqueza... y me dispense.

Yo pedía un amigo incógnito y dudaba de encontrarlo, por mi mala suerte.

Por si su contestación es para mí, le diré que quedo muy agradecida a su amistad, y que yo, por mi parte, haré todo lo posible por hacerla duradera.

¿Que le diga lo que pienso y lo que siento? Hasta ver si somos amigos me parece prematuro, pero si como deseo lo somos, muy pronto vendrán las confidencias.

Espera la suya con impaciencia.—ESPERANZA.

Aviador.—Aunque no sea más que para ayudarte a ganar los diez y siete duros de la apuesta, paso a contestarte y también para preguntarte por qué habéis apostado esa cantidad y no quince o veinte, y de esa forma te podían pagar todo en papel y siempre llevarías menos peso.

También desearía me dijeras si el seudónimo es caprichoso o es que efectivamente eres aviador, y en ese caso, cuando lo sepa fijo, ya te dirigiré algunas preguntas.

Y en espera de tu contestación, se despide—UNA MADRILEÑA FEA.

Mujer, alma y corazón.—Hace tiempo que echaba de menos una sección como la que ha creado esta revista MUJER; y he aquí que hoy al leer por encima un ejemplar me encontré con tan agradable sorpresa...

Poco después de leer tu carta, entré en unos deseos locos de entablar amistad contigo..., hasta que no he podido por menos de hacerlo..., y lo hago... Y nada por hoy, sino que simpatizando con tus deseos de encontrar alguien que te comprenda, doy hoy el primer paso para pedirte que aceptes en principio, que sea yo «ese». ¡Ojalá!

Para la próxima, caso de tener suerte en mi aspiración, reservo el darte detalles de mi vida y mi personilla. Muy agradecido te estará si complaces a tu—DESCONOCIDO FERNANDO.

GASTON LEROUX

el autor de

El Fantasma de la Opera

ha escrito otras novelas, cuyos títulos y precios son:

EL HOMBRE QUE HA VISTO AL DIABLO

Un tomo.—Precio: 1,50 pesetas.

B I B Í

Dos tomos.—Precio: 2,50 pesetas cada uno.

EL CORAZÓN SECUESTRADO

Un tomo.—Precio: 2,50 pesetas.

ROULETABILE EN RUSIA

Un tomo.—Precio: 2,50 pesetas.

Estas cuatro novelas **superan en emoción y misterio a «El Fantasma de la Opera».**

Pídalas en cualquier librería o directamente, enviando su importe en giro, sellos, etc., a la

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., VALENCIA, 28, MADRID

APARTADO 447

Fuera canas



Sin teñirlas
ni arrancarlas

Brillantina

India

(Sin grasa)
Gran invento

MARCA REGISTRADA

Producto antiséptico completamente higiénico, compuesto de raíces indias aromáticas. Único que SIN TEÑIR, y por consiguiente sin manchar ni perjudicar nada en absoluto, devuelve en pocos días a las canas su color primitivo o hace que no salgan si se empieza a usar antes de tenerlas. Por el nuevo procedimiento de proporcionar al cabello el jugo necesario, fortificando su raíz, evitando su caída y devolviéndole el jugo perdido, pues la cana no la motiva otra causa que la falta de dicho jugo, sin el cual se debilita la raíz, haciéndole perder su color y fuerza. Este producto ha sido premiado con medalla de oro y diploma de mérito en el Congreso de Higiene, por haber comprobado que es absolutamente inofensivo y de inmejorables resultados. Exíjase en la etiqueta la figura de la india, marca registrada. Precio en España, 5 pesetas frasco. De venta en todas las perfumerías y droguerías. Por mayor, José Barreira, calle Muñoz Torrero, 6, Madrid, y principales almacenes.

ANTIGÜEDADES

LONGINOS LAGUNA

OBRAS DE ARTE

CALLE
DEL

MADRID.

ANTIGUAS Y

CONDE DE ROMANONES 1 dupº

MODERNAS

ORNAMENTOS

DE IGLESIA

ESTABLECIMIENTOS

MADAME X



Madrid: *Travesía del Arenal, 2, esquina a Mayor, 8.*

Barcelona: *Paseo de Gracia, 127.*

Sevilla: *San Isidoro, 1, ent., esquina a Francos, 21.*

San Sebastián: *Garibay, 22.*

Vigo: *Victoria, 8.*



FAJAS, CORSES, SOSTENES Y PANTALONES, TODO DE CAUCHO PURO :: SERVILLETAS ABSORBENTES :: PROTECTOR Y CINTURILLA DE CAUCHO PURO :: AJUAR PERIÓDICO :: DUCHA VAGINAL :: CURA FACIAL :: MEDIAS DE CAUCHO :: BOTELLAS DE CAUCHO, ETC.

MADAME X, Travesía del Arenal, 2 - MADRID

LA COCINA

Gran Enciclopedia gastronómica, publicada por la EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA"



DOS TOMOS
175 grabados
6 láminas,

200 Sopas, consommés
y cocidos.
100 Guisos de huevos.
409 Pescados.
448 Carnes.
Infinidad de fórmulas
para tés, meriendas,
etcétera.

3.000

recetas

Definitivamente incorporadas
a la Ciencia culinaria.

PARA TODOS LOS GUSTOS
PARA TODAS LAS BOLSAS
PARA TODOS LOS CASOS

PARA MESAS LUJOSAS
PARA HOGARES MODESTOS
PARA RICOS O HUMILDES BOCADOS

PARA GRANDES COMIDAS
PARA ESCUETOS YANTARES

PARA HACER COMPATIBLES EL GUSTO Y EL GASTO



DOS TOMOS
1.076 páginas
de texto.

317 Caza y aves.
260 Verduras y le-
gumbres.
35 Arroces.
44 Ensaladas.
500 Dulces y postres.
Etc., etc., etc.

Señora...!

Ensaye usted este libro.

... y lo consultará todos los días
... y mejorará su mesa
... y reducirá su presupuesto.

Seguros estamos que devolveremos a usted su dinero si no comprueba que **LA COCINA** es el mejor, y más completo, y más útil, y más práctico libro de cocina.



PRECIOS DE LA OBRA COMPLETA:

18

pesetas en rústica con
cubierta en colores.

En tela, sólida encuadernación; pesetas

21



SE VENDE A PLAZOS

PÍDANSE · CONDICIONES

A LA

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.

CALLE DE VALENCIA, 28. MADRID